

**RITOS Y CREENCIAS ALREDEDOR DE LA COMPRA Y VENTA EN PLAZA DE
MERCADO EL POTRERILLO EN SAN JUAN DE PASTO**

MARLY DANIELA RODRÍGUEZ MUÑOZ

JIMENA RODRÍGUEZ MUÑOZ

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

DIPLOMADO EN ETNOEDUCACION

PASTO

2003

**RITOS Y CREENCIAS ALREDEDOR DE LA COMPRA Y VENTA EN LA PLAZA
DE MERCADO EL POTRERILLO EN SAN JUAN DE PASTO**

MARLY DANIELA RODRIGUEZ MUÑOZ

JIMENA RODRIGUEZ MUÑOZ

ASESOR

ALBERTO MORALES

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

DIPLOMADO EN ETNOEDUCACION

PASTO

2003

NOTA DE ACEPTACION:

FIRMA DEL PRESIDENTE DEL JURADO

FIRMA DEL JURADO

FIRMA DEL JURADO

SAN JUAN DE PASTO, 14 Febrero 2003.

EPÍGRAFE

Este libro puede ser leído en varios niveles: puede ser simplemente disfrutado como una novela, ágilmente tejida, sobre un grupo extraño de personas; puede ser explorado como un desafío a nuestra definición de la etnografía y a nuestra opinión sobre la mejor manera de transmitir conocimientos sobre la vida de un grupo humano a miembros de un grupo muy diferente; y puede ser tomado como una fuente de información sobre la sociedad y la cultura....

(LIZOT, JACQUES. El círculo de los fuegos.)

DEDICATORIA

A nuestra madre María Isabel Muñoz, quien nos ha permitido con su dedicación y esfuerzo cumplir otra meta de nuestra vida, en este continuo proceso de aprendizaje.

AGRADECIMIENTOS

A todos y cada uno de los trabajadores del mercado del Potrerillo que nos permitieron conocer parte de sus creencias y su vida, brindándonos respaldo para concretar ésta investigación.

A Alberto Morales quien nos alentó y apoyó en el desarrollo de éste trabajo.

A Mario Madroñero y a Juan Carlos España, quienes nos colaboraron y motivaron incondicionalmente.

A Luis Eduardo Gonzáles, Javier Tovar, William Torres y Jairo Rodríguez quienes a través del diplomado en Etnoeducación posibilitaron el encuentro con nuevos saberes.

A Dalia Silva, quién con su apoyo y amistad nos animó a continuar en éste camino de la investigación.

GLOSARIO

Achichucas:	Calor
Achichai:	frio
Achispado:	Alegre, jovial
Aciago:	Negro
Agostado:	Seco
Aguaguado:	Consentido
Alijareros:	Labrador, agricultor
Almanega:	Red, redecilla
Asiduidad:	Celo, recelo, sigilo
Atezado:	Negro, moreno
Atijarras:	Canastas
Aurigas:	Piloto, chofer
Beodo:	Borracho, ebrio
Buido:	Delgado
Bujeta:	Caja, cofre
Céfiro:	Viento, aire, corriente
Célere:	Rápido, ligero, veloz
Cernear:	Mover, manear
Chamagoso:	Sucio, descuidado
Chorra:	Suerte, fortuna

Coste:	Precio, valor
Cresa:	Valioso, poderoso
Cultual:	Perteneciente o relativo al culto
Din:	Dinero, plata
Embrutecido:	Obscurecido, negreados
Escarcela:	Bolsillo
Faltriqueras:	Bolsillo
Fayado:	Desván, buhardilla
Garbancero:	Grosero, ordinario, basto
Guelte:	Dinero, moneda, caudal
Guipar:	Mirar, observar, examinar
Guiso:	Manera, modo
Guita:	Dinero, moneda
Mecha:	Cuerda, Cordel
Menoscabo:	Lesión, daño
Mesticia:	Inquietud, tormento, malestar
Mohín:	Gesto, aspecto
Muelle:	Apacible, dulce, agradable
Orto:	Amanecer, alba
Parne:	Dinero
Rutón:	Gruñón, chichón, quejumbroso
Saca:	Costal
Sotabanco:	Desván

Sua:	Sol (Chibcha)
Testa:	Cabeza
Timba:	Abdomen, estomago
Tirulata:	Maravillado
Zafio:	Patán, irrespetuoso

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	13
1. MARCO HISTÓRICO	19
2. MICROCOSMOS OCULTO EN LA GALERIA	22
3. LA GALERÍA UN MUNDO DE VOCES OLVIDADAS	41
4. AMBROCIA RITUAL	57
CONCLUSIONES	93
BIBLIOGRAFÍA	101

INTRODUCCIÓN

Cuando se tiene la fortuna de acercarse a conocimientos escondidos, chocamos de frente con múltiples cuestionamientos que anhelan ser respondidos, como una ola que arrastra y lleva hacia el fondo de un mar de saberes en los cuales permanecemos sumergidos.

El diplomado en Etnoeducación, abrió esa puerta oculta que maravilla y atrae para ir en busca directa de la respuesta a la pregunta planteada. La participación en el desarrollo del diplomado fue generando cuestionamientos que desde el inicio y en el transcurso se fueron develando con asombro.

Al iniciar el módulo de Metodología de la Investigación, se presentó el primer encuentro con la plaza de mercado desde otra perspectiva; esto dejó ciertas incertidumbres e inquietudes, las cuales causaron un interés profundo desde ese primer contacto. Posteriormente empezamos a trabajar en la investigación, teniendo en cuenta los conceptos teóricos y la práctica de los siguientes módulos del diplomado, y la forma tan abrumadora como nos envolvió con estupor fantástico, la plaza del Potrerillo, donde desde nuestra llegada percibimos el suave olor a plantas, frutas y verduras que dislocó nuestros sentidos.

Paulatinamente con las visitas al mercado, fuimos encontrando un sin número de creencias, historias y vivencias que nos acercaron a los comerciantes; con quienes evocamos recuerdos acerca de los ritos y creencias en su vida diaria, la compra y venta. En nosotras, no solo encontraron una fuente de reencuentro con lo que para ellos es secreto y por lo que en ocasiones los alegró, dejando a un lado un poco el temor en el diálogo continuo; y además fuimos nosotras quienes recibimos su sabiduría tradicional en lo que llamaríamos un aprendizaje mutuo, una retroalimentación, una Etnoeducación que trasciende el aula de clases y que alegra el corazón y satisface el alma, tanto para educador y educando.

Por otro lado, cuando se llega al Potrerillo, entrando por la calle principal, la calle 18, se encuentran volcados como en frenética lucha los vendedores ambulantes de chucherías y bagatelas, donde se pueden encontrar los objetos más comunes pero a precios mas cómodos y especiales. Igualmente, están todos aquellos que con el tiempo invadieron éste espacio para vender, regatear, granjear y subastar las gallinas y los pollos que, seguramente, irán a parar a la olla de los compradores al menor tiempo posible. Hombres y mujeres con jaulas y canastas llenas de emplumadas y comunes aves, acaparan así a los parroquianos que no tienen la más mínima intención de irse a meter a las profundidades del mercado y lidiar con precios a veces más altos, arrebatando de éste modo, a los compradores a aquellos que trabajan en las galerías internas el Potrerillo.

Subiendo por la arteria vial urbana a paso lento y pausado no por así quererlo, sino por la multitud de concurrencia que las ramblas refugian, rodeados del canturreo, del sonido de voces y gritos, carros y personas que se mueven a prisa se llega a las paredes de muralla y ladrillo, piedra y cemento que enmarca la pequeña ciudadela de corredores y callejuelas con pequeños pináculos de basura y desperdicios amontonados a los lados y en las esquinas de la pequeña fortaleza que no encierra a reyes ni a príncipes, sino a mercaderes, campesinos, revendedores y labriegos; hombres y mujeres que levantándose muy temprano en la mañana y viniendo de diferentes lugares, comarcas y veredas lejanas se disponen arreglar en el mejor modo posible y de la manera más ágil y febril sus productos y mercancías de valor incalculable, que sin embargo, se pueden comprar con la moneda y los billetes que han sido alojados temporalmente en los bolsillos y carteras de quienes desean regresar a sus hogares con lo necesario para aderezar sus mesas y dar gusto exquisito a sus paladares.

En algunos encuentros en la plaza de mercado nos dedicamos a recorrer con paso lento sus corredores, siendo solamente observadoras y sobre todo atentas escuchas de los diálogos que allí se presentaron. Por tal motivo, fue surgiendo en la escritura, el recuerdo de aquellos diálogos que escuchamos en cada recorrido, algunos tal como fueron oídos, otros, con la impresión de nuestro sentir en torno a lo que se observa y escucha al mismo tiempo; además, es necesario mencionar que en el desenvolvimiento de los capítulos se menciona a manera de conversación a muchos comerciantes del mercado que están en nuestra memoria

por los conocimientos brindados, que para no olvidar mencionar a todos los que han colaborado a ésta investigación, aunque no han sido citados (para no dar mayor relevancia a algunos mas que a otros), puesto que los diálogos fueron plasmados espontáneamente partiendo de la escucha fortuita y de quienes omitían su nombre; crearon éste cúmulo de letras que se fueron encaminando y fluyendo, como un torrente de agua exquisita que sigue brotando sin detenerse, inundando nuestra mente, en ésta majestuosa tradición de creencias.

El trabajo que a continuación exponemos está conformado por tres capítulos que se encuentran interrelacionados entre sí. Si bien es cierto que en el presente trabajo está plasmada nuestra visión objetiva de las diferentes creencias y ritos alrededor de la compra y venta en la plaza de mercado el Potrerillo, también es necesario tener en cuenta que en éstos capítulos, consideramos, se encuentra expuesto nuestro sentir, en cuanto al contenido escrito del mismo, por ello se encontrarán datos a manera de narración, por ejemplo; por lo cual éste trabajo puede ser leído a manera de ensayo.

El presente trabajo expresa la experiencia de la investigación; y al respetar el modo de hablar de los comerciantes permitimos que el lector se acerque y vivencie éste mundo que relegamos a una simple compra. De igual manera el lenguaje coloquial encontrado en éste espacio no es revestido, para que en la fluidez obtenida en los diálogos no se vea opacada por hermetismo que no permitirán entrar en contacto directo con los trabajadores del mercado. Además

es necesario clarificar que en éste caso obviamos las estrategias tecnológicas en el contacto más cercano con los trabajadores, como grabadoras periodísticas o entrevistas elaboradas, puesto que éste factor incide contundentemente en el diálogo con los comerciantes. La investigación se dirige y se enmarca en una conversación amistosa, y como ya lo mencionamos en la simple escucha de sus charlas.

Para poder adentrar al lector en el espacio que es nuestro objeto de estudio, en antesala al desarrollo de los capítulos, se encuentra un marco histórico, en torno a la plaza de mercado en un inicio en San Juan de Pasto.

En el primer capítulo se aborda el mercado del Potrerillo como un microcosmos, que puede ser comparado con una ciudadela fortificada, o con el mundo entero junto o separadamente con todos los eventos y sucesos que aquí ocurren, sería injusto no decir que la plaza de mercado se convierte, de este modo, en un modelo minimizado y comprimido de lo que nos rodea; para decirlo en otras palabras, es un microcosmos en todo el sentido y profundidad que esto sugiere, debido a que como tal, encierra complejos e intrincados procesos que se unen y coaccionan unos con otros para dar origen a un sistema, que bien se puede resumir diciendo que es un vivo y sentido retrato de nuestra sociedad, y no tan sólo nariñense y pastusa, sino también del mundo actual que nos rodea.

El segundo capítulo nos acerca a la comunidad de los trabajadores del Potrerillo a través de los diálogos que escuchamos y alrededor de los cuales se manifestó un conocimiento que a simple vista no se observa, pero que está inmerso en ellos y del cual hemos explorado los ritos y creencias que giran en torno a la compra y venta. Por otro lado, en éste capítulo encaminamos al lector hacia el mundo oculto de sincretismos para algunos compradores, que van tomando un tinte nuevo al vincularse partes de conocimientos de las personas que convergen en este sitio.

El tercer capítulo nos muestra como estos ritos entorno al comprador y vendedor se van incorporando en las nuevas generaciones a través de la tradición oral como una huella indeleble que permitirá permanecer viva la llama de las creencias. Además se destaca la forma particular como la religiosidad principalmente católica se ve envuelta en una variedad asombrosa de creencias tradicionales como el uso de plantas, amuletos, riegos etc..., todo esto realizado con el ánimo de obtener un beneficio, mejorar las ventas y así obtener más dinero.

MARCO HISTÓRICO

¿Qué nombre dirían algunos, Potrerillo; a quién se le habrá ocurrido? Preguntan otros, y es que su apelativo deriva del sitio aquel que fue escogido para reubicarlo en su posterior traslado. Lugar de verdes pastizales que se mezclan con el amarillo de la hierba seca donde antes, con singular simplicidad, las vacas y caballos eran traídos a pastar mientras sus dueños, campesinos de las veredas nariñenses cercanas a la ciudad sorpresa, se encaminaban a vender o a comprar en la ciudad de los leones dormidos lo que bien se pueda.

“Sitio en donde recién fundada Pasto, había un gran potrero de propiedad de la ciudad y le servía para renta. El pastaje de un caballo valía medio peso de oro en polvo, arrendándose por cinco años en 70 pesos.

Se le conocía como el potrero de la ciudad, y en épocas más recientes como la Hacienda Pantano. En 1618, Carlos Burbano de Lara lo arrendó por tres vidas (?).

El antiguo Potrerillo pasó a manos de la familia Santacruz y hoy está urbanizado.

Allí se construyó la plaza de mercado que remplazó a la de la calle 19”.¹

Ubicado entre varias calles y cerca ahora del nuevo terminal de transporte, permite el Potrerillo, la plaza de mercado principal de ésta pequeña metrópoli, hallar entre sus representantes más grandes, los campesinos, los labriegos, aquella mezcla confusa y que no haya límite, entre lo sagrado y lo profano, entre lo místico y lo esotérico, con el único fin de poder vender sus productos traídos por ellos, de lejos o de cerca, de aquí o allá, levantadas por propia mano o revendidas al mejor costo posible.

“Por los años de 1880 el mercado de Pasto se hacía los domingos en la plaza principal, frente a la iglesia de San Juan Bautista, entonces catedral.

Era muy animado y daba un agradable aspecto la indumentaria dominguera de las gentes. Los productos se colocaban en el suelo y en los pórticos de las casas.

...Después. el mercado se tenía los martes y viernes, hasta que se estableció diario hace unos 40 años en la, para aquel tiempo magnífica plaza de mercado en la calle 18, que fue trasladada al Potrerillo, pues

¹ ALVAREZ, Jaime. ¿Qué es qué en Pasto? San Juan de Pasto, 2ª Edición. Tipografía y Fotograbado Javier. Pasto 1985. Pág. 215.

impedía el desarrollo urbanístico de la ciudad. La plaza ocupaba un área de 7.365 metros y era considerada como una de las mejores de la República. (Ver anexo). Debido al crecimiento de Pasto hubo necesidad de construir otras plazas como las de “Bombona” y “Los Dos Puentes”.²

Según los diálogos realizados con los trabajadores de la actual plaza del Potrerillo, el primer mercado estaba mejor organizado, por lo que era considerado como una de las principales plazas del País. Algunos afirman que por una falla eléctrica éste mercado sucumbió en las llamas; mientras otros aseguran que fueron manos criminales quienes atentaron contra la plaza de mercado.

La señora Isabel Puetaman de 70 años de edad, nos dio la siguiente versión:

“El mercado antes era en el centro, donde hoy es el Banco de la República. Lo pasaron porque quedaba en el centro de la ciudad y había mucho ruido, caballos, las calles estaban sucias. Ya ha de ser unos 25 años.

Después de que se quemó un poco, siguió funcionando ahí mismo, ahora el Potrerillo es acá y se llama así, porque así se llamaba desde antes ésta parte”³

² *Ibíd.*, Pág. 213-214

³ Testimonio de la Señora ISABEL PUETAMAN. Edad aproximada 70 años. Natural de Pasto.

MICROCOSMOS OCULTO EN LA GALERIA

Caminando lentamente sin el peculiar afán de la compra, mirando, dejándose envolver por la gresca confundidora y a veces molesta de la venta y la compra, detallando las canastas de cada persona que queda o se va y viene, se descubre sin siquiera pensarlo que nuestro mercado es el fiel retrato de lo que somos; en donde más encontrar el acento pastuso-nariñense, los ollocos y las papas, las colaciones, la ñapa, más que encima o vendaje, el ayay, achichai o achichucas cuando algo duele, hace frío o calor. Nuestro mercado es lo que nosotros somos, lo que es nuestra plaza. Es un mundo en miniatura, donde igual encontramos ricos y pobres, “ignorantes” y sabios, multitud y vacío, donde hay infinidad de conocimientos y creencias; recuperado o perdido todo en el tiempo que ya se fue, en los recuerdos y memorias de los viejos, de los abuelos... de los antiguos como dicen muchos.

La plaza del mercado el Potrerillo es como un pequeño planeta que gira en torno a la vida urbana, a las necesidades de una sociedad y de una región que crece día con día y que no ve el final de las jornadas sino hasta que la oscuridad invade lentamente el espacio reinante, dejando ver las estrellas que se elevan por encima de nuestras cabezas como haladas por un hilo invisible de plata. Un mundo pequeño que nos permite descubrir los alcances del hombre a través del tiempo, con cada uno contando su propia historia y viviendo su propio momento y

aliento de vida, donde cada uno representa una parte fundamental para que este planeta continúe su curso, que dentro de su existencia diaria, ya sea trágica, melancólica o una amalgama de emociones indecibles de sentimientos y de experiencias, se complementan sin confundirse.

Encerrado en medio de una pequeña ciudad, subyace este mundo, un cúmulo de personas amontonadas o aglutinadas entre calle y calle, ocupando cada espacio libre de las vías para sumirse de la manera más afanosa y esperanzadora en el espectáculo o faena del comercio, del mercantilismo informal, donde prima y gana quien mejor atiende, quien más creencias o santos patronos tiene, quien ha aprendido un nuevo truquito para atraer la clientela y robar la de los otros; solamente aquí, en el mercado del Potrerillo confluyen tantas corrientes, así como también creencias, pensamientos, pareceres y procedencias, sin olvidar las diferentes etnias que detrás de cada rostro se esconden y al mismo tiempo se descubren sin mayor recelo o prudencia.

Quien quiera que huya de las multitudes, quien quiera que pretenda creer que es diferente, que sienta que sólo los libros son el único medio de aprendizaje, cualquiera que cumpla con uno de estos requisitos o con todos a la vez, que no encierran en su corazón el aspecto común y popular del mundo; le parecerá que una plaza de mercado es sólo y meramente un rincón de menesterosas acciones, que no contrastan con el hermetismo asfaltado del centro de la ciudad de Pasto.

Sin embargo, en su ignorancia culta y en el desconocimiento causado por la enorme acumulación de tecnología que causa mayor asopia en el cerebro de tal, no se presenta la respuesta: de que una plaza de mercado no llega a ser siquiera tal desastre, sino que por el contrario, es un legado viviente y latente, un lugar que ha albergado y acogido muchos sucesos y hombres trascendentes.

Un mercado como lo es el nuestro, no es en ningún instante un sitio de ignorancia, tal vez no se vea a simple vista, bajo la mirada superficial y peyorativa de muchos hombres, pero desvelando este mirar se encuentra la confluencia de diversos saberes que abarcan todos esos conocimientos más prácticos, fruto de la vida diaria, de la lucha y el trabajo cotidiano, aquellos conocimientos innatos, sacados del corazón mismo de la tierra y de la praxis de la necesidad y el amor.

El pequeño mundo, llamado mercado el Potrerillo, no es tan sólo el lugar donde ciertos días peculiares se va a mercar, a comprar y a vender lo que a de dar lucro a nuestra renta y bolsillo, es el pasar de fronteras que se desdibujan entre una calle y otra, y cuyos locales parecen representar a un país dado con sus normas y reglas particulares.

Este mercado es un sitio de convergencia de unos con otros, donde cada uno descubre y comparte su identidad con quienes están a su lado, sin importar el color de la piel; es el encuentro en miniatura de mundos diversos con sus cualidades y rasgos definidos según su vida y su actividad económica: no es lo

mismo hablar con quien siembra la papa, que con quien únicamente la revende y no conoce las montañas donde fue cultivada con ahínco y esfuerzo.

En este mundo, el encuentro de saberes fluctúa entre cada persona y en el espacio que nos deja perplejos por su gran colorido, que entre la comercialización e intercambio de atijarras y productos de toda clase, mimetizan mundos imaginados e imaginarios, individuales o colectivos.

El mercado del Potrerillo, como toda gran ciudad o como el más pequeño de los pueblos, se encuentra distribuido y ordenado en secciones que dejan que cualquier visitante o propio se pierdan en un laberinto, que engalana con su aroma de hierbas y comidas, con colores y texturas, haciendo así, mas que una perdida en este sitio sea un encuentro con diferentes sensaciones que permiten encontrar más artículos que los que se buscaba, y en el girar y girar saliendo de este recinto, la felicidad de este reencuentro y nuevo mirar, aparte de la satisfacción de tener los productos que se buscaba, se devela un mundo relegado solo a la compra.

Esta fortaleza, a su vez, oculta detrás de sus murallas unas tantas pequeñas edificaciones que resguardan altares que los comerciantes cuidan y preparan para mejorar las ventas, con el fin de conseguir el algo de la semana. Entre una de las edificaciones esta la de los comerciantes de la papa, producto que tiene gran acogida entre la población pastusa. En la edificación siguiente están todos

aquellos que se encargan de la distribución y negociación de la panela; aquí uno puede escoger sin caminar tanto y con la suficiente comodidad para hacer más llevaderos los costales de la remesa, revestidos de colores grises, opacos y coloridos que simulan un arco iris. Saliendo de aquí a unos cuantos metros, se choca con los cajones y estrechas callejuelas que dejan apenas paso para transitar; es aquí donde se puede encontrar a los labriegos junto con sus cachifos y pequeñas mascotas que cuidan y a la vez encierran el paso del transeúnte y que además anuncian la maravillosa visión ofrecida por los altares gastronómicos que cautivan los sentidos y permiten apreciar los vegetales, las verduras y aquellas manos que con laboriosidad los manejan y reúnen para sacar de ellos lo mejor, alimentando su fe con cada compra y satisfaciendo sus propias necesidades y la de otros.

Mientras tanto, las frutas, las verduras y las hortalizas en todo su conjunto salen al encuentro, con el único propósito de revelar sus seductoras galas para tentar a los propios y visitantes a que se las lleven a un paseo sin regreso hasta otro camino o vivienda.

A medida que la marcha progresa, y la saca empieza a pesar cada vez mas al igual que el deleite de nuevos sabores, se observa cargada la espalda de un hombre, quien encuentra su sustento y el de los suyos con la fuerza de sus brazos, quien es encomendado a llevar tan cresa encomienda para facilitar el viaje por estas tierras. Al fondo, parroquianos atinan a arribar a pequeñas tiendas

de madera y techo de plástico que cubren las prendas nuevas dobladas de diferentes tamaños y tallas que se habilitan y acomodan sin miramiento de colores; los vestidos de niño a un lado y los de adultos en otro, mientras en un local colindante se vende ropa y zapatos de segunda que aun están en buen estado. Detrás de tales sitios, una estructura de ladrillo cobija un mercado como el de Bomboná en esta, la ciudad de San Juan de Pasto, siendo sus pasillos resguardados por la virgen María, a su vez acompañada por el ofrecimiento de productos al mejor costo y con derecho a regatear los precios en ropa y calzado.

Quienes madrugan solamente el día lunes, día que se trae ganado para carne o para cría, según el nuevo propietario podrá ver otra gente y otras curiosidades que los ganaderos traen consigo como pieles y cuernos de toro. Estos hombres de otras tierras con su acento de región caliente, que los delata como extranjeros en esta fría ciudad, tiran de lazos y cuerdas con las que han amarrado sus bestias de carga o consumo para luego ir a entregarlas a sus nuevos dueños. Esto se conoce como feria ganadera, donde la oferta de bestias se ve en su mayor esplendor, cuando las horas de la mañana refrescan el día y el ganado, sin que la murga y el cataplan del mercado se contemplen en su auge. De igual forma, están aquellos que como compradores vienen de diversos climas, que aprovechan además de comprar el ganado, una que otra cosita; y otros, los labriegos que salen de sus veredas para comprar o vender otros productos se mimetizan en esta diversidad.

La compleja ciudadela dentro de esta ciudad se desenvuelve regular o frecuentemente, su estructura corpórea como si se tratase de un escondido hormiguero que la sociedad margina, donde sus miembros activamente se mueven en pro de su beneficio, caminando de un lugar a otro, recorriendo cada tramo de la compleja y a la vez sencilla distribución de casetas y toldillos, que están acostumbrados a ver en su cotidiano circundar cada día de mercado. Y ven llegar a los visitantes entre diferentes ritmos sacados de grabadoras que compiten en un mejor sonar; ellos con su ropa cómoda y descomplicada, mientras muchos comerciantes lucen su mejor gala.

Más allá, los carniceros con sus exiguos locales, enchapados en azulejos blancos, amarillos o verde opaco, cuelgan las vísceras de los animales sacrificados en el matadero de la ciudad o en sitios aledaños a ésta. Se visten de blanco, para dejar ver su pulcritud y sanidad, cuando alguien llega a comprar toman un gigantesco cuchillo de hoja metálica bien afilada, cortan con precisión inaudita el trozo de carne de color rojo y con pequeñas líneas blancas o tenuemente amarillas para luego ser empacado en bolsas plásticas. Este, es como si fuera un barrio más de los muchos que conforman la galería o nuestras ciudades.

En casetas verdes algunas, con la pintura ya corroída, están otros hombres que guardan y fabrican el fruto de su trabajo de años que aun no terminan. Amontonan a un lado y a otro un sin número de herraduras, de partes de carros, de piezas metálicas llenas de grasa ennegrecida por la suciedad y el polvo; y

cualquiera que mira tal orden se confunde al ver el desorden reinante de partes de repuestos caídos por el suelo sin un lugar aparentemente propio donde reposar, y el cúmulo de cajas de cartón enmohecidas algunas y desbaratadas las otras que igualmente poseen en su interior las entrañas de antiguos carros y motocicletas. Mientras en otras casetas, se trabaja y se vende todo lo que es herrajes que sacan de moldes ya hechos por los viejos y que vuelven a fundir para renovar las herraduras de los caballos y las mulas que circulan entre la ciudad y las veredas. El barrio de los que trabajan el metal, dirían algunos, más al comunicarnos con algunos de estos hombres con vestidos un tanto sucios y harapientos, descubrimos que su interior no es tan metálico, vacío y duro como muchos piensan y se imaginan, es sin lugar a dudas el barrio de los que venden y comercian los repuestos que fueron útiles antes a otros y que ahora pueden serle útiles a nuevas personas.

En otro sitio del mercado, entre jaulas y canastas, se oye el cantar de los gallos, el cacarear de las gallinas y el piar de los pollos, el graznar de los patos y gansos y el chillido particular y familiar de los cuyes o curíes, igualmente, se siente el silencio tierno de los conejos y las liebres. En hondas canastas reposan estos animales, algunas de las hembras, parecen llevar en su interior la vida de otros por la gordura que denotan sus cuerpos peludos y rollizos. El maullar de los gatos inconformes con estos cubiles, y el aullar de pequeños cachorros de los perros se confunden unos con otros para producir un canto de gemidos naturales e incomprensibles para nuestros oídos. El barrio o el sector de los animales es

uno de los más concurridos en fiestas de diciembre y del resto del año, en busca de la presa sin necesidad de cacería. Se nota a un lado de las canastas o debajo de alguna mesa cubierta por hojas de plátano y chalinas y ruanas el maíz ahí empacado para darle de comer a las gallinas si esto fuese en algún momento necesario y no existiera ninguna otra alternativa de venta.

El barrio de las plantas es el más fragante y decorativo, se encuentra todo tipo de matas de jardín y ornamentales, llenas de flores unas y con diminutas hojas las otras, ofreciendo a la vista un espectáculo maravilloso lleno de esplendor y variedad lo que sin duda se convierte en un anzuelo para quien ama las plantas y ve en ellas la compañía perfecta y a un amigo ideal a quien se le pueda hablar y acariciar y contar los más íntimos secretos sin el temor de que alguna vez los revele a la persona menos indicada.

El mercado el Potrerillo, igualmente, se asemeja a una gran familia que comparte su devenir con el que se encuentra a su lado, y de la misma forma, guarda también sus secretos y silencios puesto que su vida es de su entera pertenencia, haciendo de estos misterios la parte más sagrada de sí mismo pese al frecuente preguntar e interrogantes mentales y de palabra consabidos en las mentes de sus allegados.

Aquí, en esta gran familia, cada uno tiene su propio oficio, sus propios deberes y derechos por cumplir para que esta concatenación de hechos y labores no

desarme el engranaje del sistema de vida de todos aquellos que pertenecen a este medio ambiente y a este circuito natural de una plaza de mercado. En este sitio, en esa familia, que muchas veces no distingue lo que son los lazos de sangre de los de la amistad y el compañerismo, se conocen unos a otros los que tal vez en el futuro lleguen a convertirse en los compañeros eternos o furtivos de una historia de amor. Los que llevan las riendas de la administración de este gran hogar son los jefes, los dueños de los locales y aquellos que están interesados por el bien común de toda esta colectividad: los sindicalistas y los gremios con fines loables y nobles y todo aquel que aunque trabaje por su cuenta, así mismo lucha por el progreso de esta pequeña familia para sacarla del anonimato y de la pobreza. Los hijos, que en este caso son muchos, son los vendedores que arreglan su mercancía de la mejor manera que pueden, dejando detrás de ellos los bultos. Todavía amarrados del resto de artículos por ofrecer, escondiendo bajo sus mesas y bajo sus ropas los amuletos que dan forma y figura a sus creencias.

De la misma manera están todos esos hombres y mujeres que madrugan en sus casas ubicadas en otros barrios de la ciudad de Pasto, para preparar las empanadas y los alimentos que van a vender en ese amanecer de comercio y mercantilismo.

Esta es la gran familia que habita bajo un solo techo, que el cielo de Pasto, por unas cuantas horas deja fluir en sus sentidos, la contagiante alegría de lo festivo y de la sencillez de cada individuo que aquí convive, trabaja, pasa, compra, y se va.

La señora de la casa, se ve representada por las vendedoras de todo tipo; las mujeres campesinas, y las que son revendedoras que han marchado a las montañas a comprar barato y vender a un mejor precio, las que venden el frito y el café cargado todo en termos y en bolsos que cargan pesadamente con sus manos ya acostumbradas al trabajo fuerte y fatigante.

El mercado es una convergencia de caracteres de riqueza en variedad y delicia que enmarcada entre casitas, potreros, calles y arterias urbanas de asfalto, piedra y cemento, la gente levanta sus cambuches, que se convierten en sus habitaciones particulares, y sus mesas con plásticos y lonas, y cajones dispuestos de tal manera que se pueda formar una pequeña tienda informal. Se asemeja con toda su variedad a un gran océano donde desembocan los ríos del mundo con su abundancia y fertilidad traída de lejos, desde las montañas, de la fuente primaria de la vida, sus aguas cargadas de peces, de aire, de amor y de lucha; aguas que se han ido modelando con cada piedra con que han chocado, aguas que se han purificado con cada golpe y que al mismo tiempo se han contaminado al entrar en contacto con fuentes extrañas, con el pasar por ciudades y pueblos, así, igualmente, han bajado año tras año, día tras día, los campesinos y los agricultores de nuestras montañas con su leña al hombro, con trabajo, con dulzura y cariño, con sus productos y mercancías, y al ir conociendo la vida de la ciudad han aprendido cosas nuevas que los han enriquecido con la variedad de información que han incorporado a su vida.

El mercado es el océano; las veredas, los caminos, carreteras y puertas de los locales son los ríos que llenan de hartura y superabundancia las calles que sirven de lecho al mercado el Potrerillo. También están los peces que han dejado de lado su vestido plateado para cubrir su desnudez con ruanas, estolas y toquillas, con jeans y camisas, con pantalones descoloridos y desgastados, y vestidos y faldas de colores alegres para así atraer como lo hacen muchos de los más diversos animales a sus presas, a sus clientes; y no vienen dejando su equipaje lejos, traen a este gran mar las joyas cultivadas, los tesoros comprados a otros, las alhajas que han salido de los telares y las máquinas de coser, de la lana y las agujas... de las manos diestras de los artesanos, y costureras de muchas regiones de Colombia, e incluso del hermano país del Ecuador.

Y sin importar en lo más mínimo la clase social a la que se pertenezca, llegan hombres y mujeres a amalgamarse, puesto que es este lugar escogido para reunir a la existencia humana pese a cualquier diferencia social, económica, ideológica o política.

Esta plaza de mercado es el centro de acopio no sólo de material vegetal de consumo y de otro tipo de material como piedras o vestidos, sino que es el centro de reunión de pensares diversos, en como muchos piensan de la calle, una escuela, es una universidad pública y popular del conocimiento autóctono de nuestros pueblos mestizos cuya cimiento se prolonga siglos atrás con las raíces españolas, negras e indígenas, recopilando nuestros campesinos, agricultores y

vendedores el gran legado dejado a través de la palabra y la superstición, a través del pensamiento y el saber tradicional que llega a nosotros afectado por una metamorfosis causada por el pasar de los años y el aprendizaje continuo ocasionado por el contacto constante de diferentes culturas que han ido llegando a nosotros por medio de la ciencia, los viajes, los cuentos y las leyendas.

El mercado el Potrerillo bien puede ser comparado con una obra puesta en escena, que igual como sucede en un gran teatro, cuando el público está listo y se acomoda en la silla y en sus balcones, poco a poco la cortina se levanta, así como el velo de la noche se desvanece al levantarse el sol empujando a la oscuridad al otro lado del planeta. Cuando la muchedumbre está más a la espera y con el ánimo bien alto, nada sucede... y de pronto, empiezan a salir y a moverse los actores: los campesinos, los revendedores, los niños y por último aquellos que tienen su negocio y su vivienda en el mismo sitio de toda la función. Los primeros actores se arreglan e instalan su orden para dar paso a los actores segundos, sin ser estos secundarios, y sin más ni más llegan uno, dos, tres... diez, veinte... cien o más personas; y ahora el orden es el caos, y la cáfila o tropel de actores chocan unos contra otros, se hablan, se gritan, se insultan o callan. Se ve el pasar de mano en mano de las monedas y los billetes, el volar casi de las mercancías de todo tipo, y los que llegaron con un rimero de cosas y cachivaches y trebejos se quedan con las manos vacías y las faltriqueras llenas, y los otros, los que compraban, con los bolsillos vacíos y con sus canastas y costales cargadas de cosas nuevas y necesarias.

Y cuando el hacinamiento o coacervación llega a su máximo, es también el punto más crítico de la obra; nadie en el público sabe en qué terminará la función, el desenlace parece predecible y, sin embargo, nadie puede adivinar si tal o cual evento sucederá. Mientras, antes de bajar el telón, con la caída del día se ven los últimos compradores que marchan entre la basura y los desperdicios que otros han dejado ahí en su avidez de regresar a casa.

El mercado el Potrerillo, es aquel sitio donde la diversidad cultural es grande, que no se alcanza a imaginar, y ni siquiera a comprender, en toda su dimensión, la riqueza de conocimientos aportados por cada uno de los que aquí trabajan y subsisten en el diario vivir. La riqueza de culturas es tal que podemos encontrar multitud de datos y saberes provenientes de los más ínfimos y recónditos sitios de la tierra; la lista se hace interminable puesto que sería necesario mencionar a cada país del mundo.

La sabiduría latinoamericana que se ha alimentado de la savia viva del contacto con la naturaleza propia de nuestras regiones y de nuestros antiguos pueblos, cuyos conocimientos pasaron, poco a poco, a nuestros campesinos y aldeanos que desarrollaron las mismas actividades agrícolas de estos antepasados; en el mercado del Potrerillo se refleja el eco de todo este pueblo, es su retrato hablado, e igual que palabra, es el retrato móvil y cambiante. Visto de lejos, con los oídos cerrados al ruido y al bullicio e incluso hasta el más tenue sonido allí suscitado, y por otra parte, observando todo como en cámara lenta, se diría es

poco menos que el inicio del cine mudo que con sus escenas cargadas de imágenes espontáneas nos llevan a revivir momentos infantiles y de sencilla inocencia, que confinamos sólo a un recuerdo sin valorarlo totalmente.

La película no es la misma, nunca se repite, nadie puede saber cual es el final; no se puede determinar quién es el bueno y quien es el malo; pero sí se puede comprender que este es un pequeño mundo de convergencia social de culturas donde cada uno tiene su propia historia, y que al igual que el cine conjuga música, sonidos, personajes y saberes.

Por otra parte encontramos que al tratar de conocer el carácter religioso y las creencias se observa con claridad certera que, al salir de las aulas de clase y dejando a un lado el temor de entablar diálogo con los parroquianos y los diferentes vendedores y comerciantes del mercado del Potrerillo, se puede verificar que la fe reinante entre la mayoría de estas personas es la católica, existiendo algunas personas que, como es obvio en una ciudad en crecimiento y desarrollo, la diversidad de cultos también va en ascenso, aunque a un paso lento y siguiendo el proceso natural que sigue todo suceso nuevo que trae controversia en el hervidero humano de toda urbe; y puesto que el mercado del Potrerillo se encuentra dentro de los límites territoriales de la ciudad, por no decir que en el corazón mismo de la metrópoli, es, de manera semejante, influenciado por las nuevas creencias traídas de lejanas tierras y las cuales se han incorporado de

suerte agraciada a las ya aprendidas desde niños por los mismos pobladores de nuestros valles y montañas.

Valorar todos los modos de pensar, actuar y sentir confluidos en este espacio, trasciende el acto de ir de compras y se ubica en un nuevo mirar para que en la retroalimentación de conocimientos, estos no queden marginados o menospreciados por la sociedad, o leídos en este trabajo, por el contrario corresponde a una vivencia propia que la Etnoeducación exalta para no dejar que este saber práctico se quede como un recuerdo en la memoria o en las aulas de clase, puesto que el trabajo directo con la comunidad desborda la teoría y enriquece individual y colectivamente, al mundo entero.

En este lugar además encontramos que los hombres y las mujeres de la sierra aceptan las costumbres de aquellos que vienen de las costas, y que éstos, a su vez, adoptan las convicciones de los que vivimos aquí en la sierra. Sin tener en cuenta el color de la piel o el país de procedencia, el mercado del Potrerillo, visto todo él como un sitio de encuentro de diversos mundos, de variados conocimientos, es y seguirá siendo el centro de reunión de la pluralidad intelectual, espiritual, étnica de todo un pueblo que se ha formado en su interior del inefable hálito de conocimientos provistos de cada individuo, desde el más anciano, hasta el más pequeño de los niños, por lo que cada uno es un representante activo de su mundo individual puesto al servicio de los otros.

Como en toda dimensión humana, estudiada a lo largo de la historia de los diferentes pueblos, las personas que pertenecen visible o invisiblemente al mercado del Potrerillo, han dejado develar y descubrir sus costumbres traídas por sus ancestros, al corazón mismo de los que actualmente interactúan con compradores y vendedores, con seres que buscan su sustento y bienestar a través de la práctica informal del comercio y de la compra – venta de artículos de las más variadas cualidades y formas. El costumbrismo arraigado en cada criatura que ha prosperado con el pasar de los años, deja ver su claro y a la vez deslumbrante brillo en las gentes humildes que pasan sus días en la plaza de mercado, y en los compradores que se acercan ciertos días señalados para hacer sus compras. Y el regionalismo y el costumbrismo propios de un sitio determinado, que han viajado cientos de kilómetros para llegar hasta nosotros, se han convertido en parte esencial de nuestros vendedores y comerciantes al ser adoptados con por estos personajes. Al dejar el aula de clase, al empaparnos de la vida cotidiana de cada uno de estos individuos, descubrimos que al igual que cada uno de nosotros ellos tienen su propia historia que contar, junto con sus creencias, sus sueños, pensamientos y anhelos; así mismo, se puso de manifiesto que ellos conforman una verdadera ciudad en miniatura con sus propias normas y reglas que cada quien debe respetar si ambiciona llevar, como dicen muchos, la fiesta en paz con sus vecinos, amigos y compañeros de trabajo y faena y obtener de ellos un prisma de conocimientos.

Por otra parte, las experiencias individuales de cada uno de los miembros de esta comunidad han servido de ejemplo y modelo a los otros, a sus hijos y sus familias. El mercado el Potrerillo está rodeado de tantos factores físicos, emocionales y espirituales que le han permitido crecer a un ritmo aparentemente lento que a veces parece sobrepasar el cauce natural de sus fronteras. Allí rodeadas del ruido ensordecedor de los gritos de los vendedores y de los comerciantes, de los niños que corren de un lado a otro, de las personas afanadas que han madrugado a comprar los productos más frescos, y de aquellos otros que esperan casi el final del día para conseguir los mejores precios, podemos observar que los conocimientos verdaderamente se refuerzan y se mejoran con el contacto vivo...

El mercado el Potrerillo es un medio ideal de aprendizaje popular, por eso podemos decir que es una universidad del pueblo, de aquellos conocimientos e informaciones que un día nuestros ancestros y abuelos valoraron y recopilaron en sus mentes, pero considerando que al ir envejeciendo, su poder y brillo se fueron debilitando hasta tal punto que la sociedad moderna se niega a captar tales percepciones y sapiencias como algo nuestro, considerándolo, lo que es más grave, como una parte de verdadera ignorancia, puesto que no se basa en la ciencia escrita sino en los saberes orales de los de antes.

A este respecto, igualmente, encontramos que el mercado del Potrerillo bien podría pensarse como la mejor Facultad de la medicina tradicional, tanto para el espíritu como para el cuerpo; aquí sus habitantes, por así decirlo, a parte y en

conjunto en lo relacionado con la ritualidad concerniente a la compra y venta, que además va acompañada de agüeros y amuletos de los más variados tipos; está el conocimiento siempre estimulante, virtuoso y desconcertante para las personas que tachan este conocimiento como profano o peyorativo.

LA GALERÍA UN MUNDO DE VOCES OLVIDADAS

Quien podría acaso creer que aquí, en una plaza de mercado, se encontraría una multitud de conocimientos, de tradiciones de mitos que no aparecen en libro alguno, sino tan sólo en la creencia popular, en la tradición oral de quienes fueron y siguen siendo en nosotros; que un mercado sería una fuente riquísima de conocimientos y saberes y que paradójicamente, fue en el sitio del primer mercado, construida una de la bibliotecas de nuestra ciudad capital sitio de diversos y variados saberes traídos de todo el mundo para beneficio nuestro y de nuestro entendimiento. Cientos de personas allí ya están cuando otros recién llegan. Los unos, los primeros vienen de lejos, madrugando y levantándose antes que el mismo sol se digne aparecer estirando sus brazos para vencer a la oscuridad y así mandar a descansar a la luna.

Y comienzan abriendo sus bultos y bajando de carretas y camiones su sustento y el sustento de otros, mostrando sus mejores galas para tal festiva ocasión; ruanas y chalinas se confunden a medida que hombres y mujeres amalgaman, trenzas y sombreros, risas sencillas, niños que lloran, grandes que hablan. Poco a poco la oscuridad se aleja y el astro rey deja adivinar con seguridad que el día ha llegado y con él, la gente de nuestra pequeña “gran” ciudad abre los ojos para disponerse a ir al mercado como todo día sábado.

Entrando que entrando los compradores llevando sus canastas, carritos de mercar, y costales, con sus vestimentas más casuales e informales se encuentran con las primeras señales de que han pisado territorio neutral; donde todas las clases sociales, las costumbres, las creencias se incorporan unas con otras, y donde el único fin es alcanzar a comprar más con la guita que se lleva en el bolsillo o la cartera. Aparecen los camiones llenos unos de fruta y otros de gallinas y pollos... *“gallinas y huevos del campo, pollos de granja, lo que usted escoja... lleven la gallina jefecitos están bien gordas y bien baratas, vean, \$11.000 pesos y eso por ser a ustedes!...”* – y mientras así hablan y tratan de convencer a sus compradores, se ve en el cuello de esta mujer de piel canela, colgar un colmillo de serpiente *“... ¿qué es eso? – es un amuleto pa´ la buena suerte, pa´ que nunca me falte la platica, cuando estuve por el Putumayo, allá me lo dieron”* - Así habla mientras lo sostiene con su dedos y el hombre que preguntó se acerca un poco para verlo mejor *“... tonces que patrón ¿cuantas se va a llevar? – le doy quince por las dos – No patrón si son de campo, se las dejo a \$20.000 y eso perdiéndole...”*

Más adelante carretas de mano que exhiben ropa de bebe, zapatos, muñecos, sombreros, cremas y pomadas, pantalones y blusas; y de cuando en cuando, siempre que se sea atento, entre las vestimentas dobladas y los zapaticos de tela, se ve casi oculto un cuadrado de San Marcos de León o de San Judas Tadeo, con marcos simples que dejan ver una estampa en blanco y negro; viéndose aquí de mudo manifiesto el aspecto religioso cultural que se inspiran en el carácter mágico

– mercantilista de la relaciones humanas y divinas – “*te doy para me que des*”; - mediante este tipo de culto, la vendedora intenta ganar el favor o la voluntad de los Santos y de Dios y acomodarla a la necesidades y exigencias terrenales y para que los clientes no se escapen hay necesidad además de regar agua bendita por sobre toda la mercancía para que tampoco nadie se la robe, y que la concurrencia la compre sin tanto regatear.

Adentrándose al corazón de este paraje, están las ventas en casetas, y uno que pasa por allí descubre con extrañeza que aunque hay basuras en las calles, la gente barre hacia adentro... y un foráneo que pasa por ahí piensa y comenta con voz alta con vivo y patente beneplácito: - “ *que buenos ciudadanos son ustedes aunque sean humildes; que bueno ver que hay quienes desean ver limpia su calle aunque sea...*”- y el hombre a quien se dirigía se echa a reír al oír estas palabras y al ver la actitud del extraño; y su vecino que llama la atención por su sonrisa incompleta con su rostro sucio y moreno, quien con su pantalón raído por el uso y el tiempo y quien lleva consigo un palo que le sirve de bastón para su cojera, golpea en el hombro a su mujer que sigue barriendo y exclama: -“*!Que buenos ciudadanos; que dizque amor a la ciudad, que, que..ja! ... las calles limpias...*” – el desconocido se marcha con desconcierto si saber porque todos esos hombres se ríen de él y comentan y murmuran entre sus cercanos. María Leonora sigue barriendo hacia adentro y su labios dejan escapar un risita bajita, mientras sus ojos hablan de que no cualquiera entiende que *_ hay que barrer pa´ dentro pa´ no*

tirar la suerte a la calle y la recoja otro, porque sino ya no hay ventas y la fortuna escasea –.

A medida que la comarca campesina saca los tomates, la yuca, el plátano, la papa y todo lo demás que sea posible vender como vestidos, herramientas y jabón; se oyen rezos a uno y a otro santo, se ven sacudir ramas de no sabe qué planta con florecillas amarillas y de olor más bien desagradable y quien no sabe este ritual, tampoco entiende como esa hierba de olor enojoso puede atraer clientela.

“Vamos a ver como nos va hoy comadre. – Esperemos que bien misia Esperanza, ya ve que con esas cosas que se inventan lo políticos, ya parece que la gente no tiene ni ganas de comer. Hoy si yo ya le sacudí la rudita por todas la ventas, y ya me sobe también las manos con las flores pa´ recibir harta platica –”

Así los paisanos, como dirían en otra los literatos, sacan a mostrar los mejores tesoros de la tierra; una gama de preciosas joyas: rubís y esmeraldas representadas en manzanas rojas y verdes; ópalos sacados de la pachamama aún con el polvo dorado, donde las plantas crecen; perlas como el dulce y delicioso sabor del maíz tierno de nuestros indios queridos de quienes somos hijos, siempre empujados por la fuerza aquella que sacudió los aterrados miembros de los dueños primeros de esta tierra americana.

A medida que avanza en medio del murmullo de voces, del griterío confundidor y confundido a su vez por un tropel de nombres, aquel que camina por esos parajes con la mirada fija en no se que o no se sabe donde pero con un rumbo fijo; por fin entra en una de las galerías y halla lo que estaba buscando; “- *¿Cuánto cuesta la arroba de papa?*” - *“Mi patroncito esa medida no mas le cuesta \$17.000 pesitos, no más!!”* - *“¿\$ 17.000 pesos? No, mi doña, eso esta muy caro...”* – *“No venga patrón, ofrezca no más...ofrezca...”* – *“No, no, eso como va a valer \$ 17.000 pesos!”* – *“¿Cuánto da pues patrón?”* – *“Tengo \$13.00 pesos”* – *“No, patrón mire que la papa esta cara...”* – *“No ahí nomás gracias...”* – *“No, no, venga mi don, llévela, llévela no más... casi se me corre la suerte... la primera venta hay que hacerla aunque se le pierda un poco, porque sino mijitas a una en el resto del día le va remal... ah y no se olviden esa plástica se la guarda aparte para no gastarla”*

Con esa venta, con la rebaja encima, la mujer de cara apagada deja entrever entre sus labios una mueca de satisfacción del deber cumplido, de haber hecho lo correcto al no dejar ir a su cliente con las manos vacías, y de hacer llegar al bolsillo de su delantal color rojo cobrizo los primeros frutos del trabajo.

Más allá un campesino con su cara quemada y protegiéndola un poco de los rayos de Sua bajo un sombrero de paja toquilla, con sus manos toscas y sus dedos y uñas llenas de la tierra que cultiva y cosecha, sentado sobre un pequeño butaco de madera deja escapar de entre su dedos pequeños granos verdes de arvejas mientras su hija con su cabello tejido en dos negras trenzas va

depositando tan valioso detalle en el vestido transparente de una bolsa plástica y alargada, las ofrece para que las lleve alguien a su casa; y ahí, al pie del labrador se ve escondida entre costales y hojas la matica de hierbabuena con sus hojas verdes casi marchitas después de haber sido sacudida por encima de la venta.

Mientras tanto, más allá donde venden ropa, colgada de percheros faldas y blusas de cientos de colores, pequeñas torrecillas de pantalones, vestidos de niña con flores y muñecas, diminutos pantalones para los caballeritos; las dueñas del local antes de que cualquiera llegue y siguiendo el consejo de uno que sabe, mastican tabaco regándolo luego en las cuatro esquinas del local para así espantar y ahuyentar las malas energías; acto seguido riegan agua bendita a la cual se le ha incorporado un riego poderosísimo que ha mandado traer del Putumayo, que fue hecho por uno de los Taitas más buenos; y para no correr riesgos, una veladora a la Virgen del Carmen la cual esta en una repisita cerca de la entrada en un lugar vistoso y bien decorado con gasa y claveles.

De esta manera se ve la dualidad de lo religioso y lo considerado profano, colocando en evidencia que:

“la religiosidad latinoamericana se ha visto acosada en múltiples ocasiones de ser ritualista, de contener un espíritu maligno; siendo el calificativo más común para designar dichas prácticas el de “religiosidad popular”, supersticiosa y cositera. El énfasis del culto

reside en el ritualismo como centro de la actividad religiosa y se manifiesta en forma social”⁴

El pueblo latinoamericano es tradicional y profundamente religioso, y siendo esta religiosidad taladro que penetra la vida cultural de cada persona, ciudadano y compatriota de nuestro país chico. Y, a su vez, las creencias religiosas, que fueron dadas por los españoles, se confunden con supersticiones ancestrales, de pueblos indios americanos y negros africanos, y con postulados ideológicos de diversos y exquisito orden⁵.

Poco a poco, y a medida que uno habla con el otro, y participa activamente dentro de la organización social, cada quien va llevando lo que necesita, sin muchas veces darse cuenta de todo el ritual religioso y mágico que se desarrolla a su alrededor. Y el comprador mira lo que lleva en el bolso – “pa’ ver que es lo que le hace falta, y sin fijarse deja caer una moneda al suelo. *Hace falta comprar zanahoria, acelga, coliflor y la fruta pa’ los crios*, y como ya casi es año nuevo también la señora habla de comprar alguna muda de ropa.” –“*Pues primero las*

⁴ Pág. 136 – 137 puntos 6.2.3.3 – 6.2.3.4. MARQUINES, German. Filosofía en Perspectiva latinoamericana. Segunda Edición. ED. Búho. Bogotá, 1983.

⁵ *Ibíd.*, Pág. 59 punto 33.5

verduras estamos más cerca pero venga mamita ayude a cargar que esto ya esta pesado” - “No, que le pasa, deje de ser tacaño y pague una carretilla de mano” –.

Y con la cabeza en alto, buscando de un lado a otro, con los ojos bien abiertos, la doña divisa a lo lejos un joven de camisa a cuadros, de mangas al codo, sucia la mayor parte de ella, con cabello negro azabache que ofrece sus servicios a quien quiera que pasa. De repente, ve una mano y una cara que le hace señas; toma su carreta adornada con una cruz y un zapatico de charol de niña sostenido por una cinta amarilla bien anudada. -*“Pa´onde mis señores” - “Allá donde venden verduras”,* y antes de salir tirando de su carreta, se hace la cruz sobre sí mismo y alza al cielo la mirada para dar las gracias a Dios por el trabajo dado.

Allí donde cargaron el bulto y el bolso de las compras, y la canasta de las verduras, se ve brillar levemente la moneda ahí abandonada. Una mujer con el cabello recogido con lazos rojos y verdes, con algunos pocos dientes ausentes y usando una chalina negra, envuelta desde su cintura hasta sus piernas para protegerlas del frío; recomienda a su vecina el puesto por un minuto y sale corriendo a ver eso que hace un momento vio brillar, se agacha, la recoge y la limpia frotándola contra la blusa, luego, voltea a ver de regreso a su puesto con su sonrisa y con sus ojos vivos, hablando a viva voz *“ Mira ve, \$500 pesos ahí caídos, con esto haber si compro la rifa del Ricardo que pasa por aquí más luegüito, haber si la Virgen del Carmen o el divino Niño me hace el milagro de los \$100.000 pesos-”.* Entre tanto, su vecina con cabello lacio, negro y brillante como

la noche negra estrellada le comenta con satírica burla y aparente envidia; “- Se nota que la patica de conejo pa´ ayudarla en las ventas no sólo sirve pa´ eso, mire que aparte hasta se encuentra monedas-.”

Y mientras Matilda guarda la moneda a parte para saber con cual comprar la rifa y le habla a su amiga, saca de entre su blusa, de entre sus grandes pechos, un escapulario y le da un beso fugaz a cada uno de sus protectores. Acto seguido, se prepara de la mejor manera para el arduo trabajo del día... riega gólicas de agua con azúcar y canela delante de su puesto; ella misma se salpica la cara y su cabello y lava sus manos con esa misma agua. Por último, se percata de que la ramita de romero este sobre su oreja derecha y hace un par de cruces con la mano encima de sus productos.

Quién podría creerlo; del lejano Oriente alguien ha traído del país de la Gran Muralla a un nuevo personaje para atraer el dinero: Un hombre gordo, desnudo casi la totalidad de su cuerpo, sentado en el suelo con sus pies cruzados, uno sobre el otro, y dejando a sus anchas y con amplio espacio a su prominente vientre de reluciente color negro o dorado, con un pequeño ombligo que afecta la curvatura de su saliente estomago. Sus manos, en actitud de mando, cruzados sus brazos sobre su pecho; todo indicando una posición de descanso y al mismo tiempo de meditación y, sin embargo; la expresión bonachona y risueña de su rostro, con la comisura de sus labios levantada y dando así realce a sus pómulos. Todo en su conjunto, indica en él la prosperidad, ¿quién tan aparentemente bien alimentado y con una expresión de satisfacción va sufrir dolencias o pobreza?

No, Buda es la figura manifiesta de todo lo bueno para el ser humano: la riqueza, la abundancia, el descanso, la salud, la victoria sobre la vida. Y he aquí que un hombre de un aspecto menos rústico que la mayoría de los labriegos, con zapatos con un brillo opaco, pantalón de dril, camisa blanca de mangas largas pero recogidas en los codos, dejando ver en su muñeca derecha un reloj con pulso de cuero y en la otra una de esas artesanías hipies, con una calvicie en avance, y quien con manos labriosas y ágiles distribuye sobre una lona dispuesta sobre una mesa o una carreta gran variedad de mercancía que van desde ganchos y cintillos para el cabello hasta destornilladores y cintas adhesivas y antes de empezar a gritar para atraer a los clientes, se pone en cuncillas y acaricia con verdadera fé y reverencia la barriguita desnuda de su Buda, quien parece sonreír aún más ante la acaricia hecha con la punta de los dedos inicialmente y luego con un rápido pero leve movimiento hace que la cuenca de su mano forme una pequeña curva para albergar el abultado abdomen de Buda, inmediatamente se lleva la mano al bolsillo y se la frota con la otra; “ – *¿Cuanto cuesta esos ganchos, Señor?*” – “*\$1.500 pesos el par*” - “*Tome Señor, déme el par de color rojo*”, - “*ahí tiene, a sus ordenes...*” Y los \$1.500 pesos antes de ir a parar al bolsillo, tocan la timba de Buda.

Podemos verificar claramente que a nivel cultural se evidencia, que el contacto entre diferentes culturas ha ocasionado un impacto filosófico y de creencias; porque ¿qué hace un mestizo acariciando el vientre de un hindú que apenas sabia quién fue en realidad? ó qué hace entre nosotros otro extranjero como es el

Equeco. Un muñeco que representa a un labriego con sombrero y bigote y con gran abundancia en dinero y alimentos, en su canasta nunca falta nada, su amplia sonrisa muestra su exuberante salud. El Equeco es oriundo de la tierra de las ruinas de Machu Pichu, de los adoradores del sol, de los Incas del Perú. La señora lo coloca sobre la vitrina y lo conciente con caricias, lo limpia, lo adorna con florecillas en el sombrero, le agrega billetes a su espalda pa' que siempre tenga plata, le habla suavemente como si fuera un ser vivo, como si fuera uno de sus hijos, le murmura palabras al oído para que le escuche sus más profundos deseos y necesidades y si fuese necesario le enciende una vela y para consentirlo más, le da a fumar un cigarro y le da aguardiente. Al final del día, si la venta ha sido buena, le da gracias apapachandolo nuevamente y dándole besos a su carita sonriente, y si la venta ha sido pobre, le reclama sin enojo, como si fuera una criaturita que ha hecho una travesura que no se volverá a repetir si lo trata bien.

Un paquete de canela algo, de linaza, laurel, romero, sábila, mejorana, diente de león, caléndula, etc. Todo tipo de hierbas de aromas deliciosas se tienden para crear un fragante perfume que cambia constantemente, “- *le vendo la ruda pa' la suerte, o si prefiere la hierbabuena con la mejorana...*” la señora de tez blanca con ojos pequeños y bonachones vende el remedio para las ventas, hace ramitos de una y otra, las ordena y las conoce hasta con los ojos cerrados. En medio de tanta fragancia hay una planta de hojas finas y delgadas, con pequeñas flores amarillas que desprenden un olor fastidioso e incomodo donde parece residir el

secreto de su éxito. La ruda es sacudida aquí y allá golpea a las otras plantas y se llena de su perfume y les comparte un poco del suyo a las otras. Detrás de los paquetes del banco de la vendedora, de Doña Rosalba, está un frasco con agua donde se ha colocado un ramo bastante espeso de ruda para que se mantenga fresca y viva, y ayude aún más a mejorar las ventas, y de cuando en cuando toma un poco de esta agua para regarla sobre la venta una y otra vez.

En ese mercado donde la mayoría de lo semblantes parecen blancos o mestizos, se hallan en una de sus subdivisiones, unas fisionomías de color más oscuro, de narices chatas y orejas pequeñas de cabello siempre ensortijado y labios gruesos que dejan ver relucientes dientes blancos.

Ellos son en su mayoría comerciantes pesqueros que nos traen sus tesoros de la costa, del mar pacífico, de su tierra soleada, cálida y arenosa: Tumaco. Su etnia nos ofrece otra variable cantidad de creencias acerca de qué hacer o a quien pedir para asegurar el guelpe y regresar a su morada en las orillas de las fuentes grandiosas de agua salada, de donde, día tras día, tiran sus redes y almanega y, así sacan de las entrañas de los mares abundancia de peces de colores plateados, cuyas escamas son como pequeños espejos que brillan intensamente ante el más mínimo rayo del sol.

Los hombres en sus pobres y austeras canoas y navíos compiten con los grandes barcos, y tiran con fuerza brava de las redes con sus brazos morenos y robustos,

para extraer de las aguas del Océano toda clase de animales de mar: picudas, lisas, y bacalaos; mientras otros prefieren ir a los manglares, y buscar entre raíces de árboles gigantes, entre el encuentro del agua dulce y la salada, los cangrejos y las jaivas, para luego transportarlos vivos hasta Tumaco en donde son colocados en alargadas cestas, diestra y habilidosamente tejidas con medianas aberturas para que los cangrejos no mueran en el camino.

En este momento, ellos elevan sus oraciones de agradecimiento al Señor del Mar por la pesca hecha, por la prodigalidad concedida: y cuando después de horas de viaje llegan a la sierra a medida que sacan de entre hielo y de papel de azúcar el pescado, y cuelgan las canastillas con jaivas y cangrejos de palos con ingenio dispuestos, elevan nuevamente sus rezos oraciones al Señor del mar, mientras bajan sus cabezas y musitan viejos versos que alguna vez oyeron decir a sus padres y que luego se los enseñaron al crecer. Y bajo sus mesas se mira como al descuido, y de cuando en cuando, una concha, acarician con sus dedos atezados y buidos.

En todas sus expresiones, en su forma de sentir, de ver, toda su cosmología: su risa espontánea, sus movimientos simples que son su lenguaje natural y que cuando bailan y danzan, se vuelven uno solo, pues el “tam –tam” de los tambores los reproducen fiel e inmediatamente, se expresa que la danza la llevan en la sangre aún en el mismo momento en que entregan lo vendido y que reciben la retribución de su trabajo.

Cuando uno se aleja de ellos, en sus puestos de mercado se observa como vivazmente con sus atavíos blancos o de colores, como con las puntas de sus dedos golpean el borde de sus mesas e instintivamente recuerdan el retumbar de los tambores de sus ancestros, en el pasado, esclavos; y mucho antes, libres en su tierra africana de la cual fueron arrancados bruscamente.

Y quién puede negar la presencia del pasado proyectado al presente, con las pequeñas figuras que penden del cuello o la muñeca, aferradas a la piel por medio de cadenas y cordeles; el tótem cuyo significado es antepasado; refleja en su interior el afán de que los muertos, nuestros antepasados nos ayuden en nuestros proyectos.

En los vendedores del Potrerillo son encontradas varias formas de aferrarse al pasado y a los que ya se fueron para que le ayuden en las ventas. Por ahí, entre los que venden naranjas y manzanas, peras y sandías, bananos y mandarinas, se observa una mujer de figura enjuta y desaliñada con cabello recogido en una moña sostenida con pinzas, con ojos alargados y cejas rectas, Rosa Carmen su nombre y parece tener de 38 a 40 años. En su cuello alargado como de garza se ve pender de un cordelito una pequeña cosa; si se presta atención se podrá distinguir que es un hueso, pero no cualquiera, es de niño, “¿qué mira usted?” – *“Eso, que va sostenido de una mecha señalando el pequeño objeto”, dice un niño de 8 años, que acompaña a su mamá al mercado- “Ah eso”.. “ Si ¿qué es?.. Parece un hueso dice la Señora. “- claro misia, es un hueso de niño es la puntita*

del dedo índice, me lo dio un día mi mamá, y a ella, mi abuela pa´ que la plata nunca falte”, “No es algo muy bonito”, “-Mamá, vamos tengo miedo...-”

Otros en cambio llevan el huesito en la cartera o el bolsillo para que la gente no se asuste o por que así les han enseñado y la falange del niño se convierte en un tabú para unos, que a la vez atrae porque le queda resonando en sus oídos “para que no falte la plata”

El mercado el potrerillo es una cultura que se teje y se vivencia asumiendo la autentica tarea de la recuperación de su pasado, proyectado hacia el presente, que para nuestro caso es multiétnico; recuperación y valoración que servirá de germen para todo autentico que hacer cultural. Por otra parte, las prácticas religiosas nos dejan la impresión de la existencia de un universo animado y vivo, que soporta un mundo de creencias simbólicas.

AMBROSIA RITUAL

No es un sitio lejano a nuestra realidad, todo lo contrario, es aquel lugar donde encontramos nuestras raíces, nuestra realidad pasada, presente y futura, la vida secreta y pública de nuestros campesinos, labriegos, vendedores, comerciantes, ciudadanos y demás. Igualmente se confunden las tradiciones, las creencias, los mitos; toda una mezcla de la fé extranjera y la nativa, donde las tradiciones culturales populares encontradas en el mercado el Potrerillo en la ciudad sorpresa; la ciudad de San Juan de Pasto ha contado en sus orígenes con los troncos básicos de la cultura tradicional colombiana: el americano, el prehispánico, y el africano que se relacionaron en los primeros tiempos destruyendo casi totalmente en su proceso el tronco aborígen no sin antes absorber y beber la rica savia de su tradición, conocimiento y cultura.

Con el transcurrir del tiempo este conjunto de creencias ha ido variando según la necesidad de cada quien y de acuerdo a sus sueños y aspiraciones, las esperanzas y la fé puesta en Dios se ven adquirir forma, en las diferentes cosas, amuletos y rituales que el mundo y el medio ambiente natural y artificial pueden ofrecer y los rituales sobre todo van adquiriendo nuevas pautas que lo transforman

y lo enriquecen a medida que pasa de una a otra generación y entran en contacto con las creencias y las supersticiones de aquellos con quienes conviven.

En el mercado el Potrerillo convergen todo tipo de rituales para conseguir, obtener, atraer y retener las buenas energías, las mayores bendiciones; alcanzar los mejores logros y resultados y sobre todo para ganar dinero...

- ¿Qué me recomienda comadre pa' que me mejoren las ventas?, mire que yo vendo apenas unas cositas y me toca regresarme con todo.

- Pues le cuento que yo si vendo, y eso es que usted consiga unas cuantas cositas y yo le explico como se hace pa' que consiga harta plática.

- Enton' diga no más qué se necesita...

- Lo primero es que consiga una bolsita de tela amarilla y que se la pueda amarrar con una cinta blanca.

- Aja, bueno y qué más...

- Consigue un billetito de un dólar o de un peso y reza sobre él pidiendo un pedido material, ósea plática pa' usted y así usted le manda harta energía divina. Si?

- Si, Si, y qué más?

- Cuando hace eso coloca el billete en un cenicero y se lo quema todito y guarda las cenizas en la bolsita amarilla.

- Y cómo? Quemar el billetito, no, cómo?

- No, eso lo quema sin ningún miramiento, ah! me olvidaba mientras se quema lo rodea el cenicero con las dos manos.

- Eso es todo, ah bueno fácil.

- No, falta... ahí a la bolsa le echa canela, el sándalo, el benjuí, el laurel y la sangre de drago; y además se consigue una piedrita de ágata y también la echa allí con todo.

- Eso sí esta pa'riba, ónde se consigue todo eso, ahora me lo anota pa' ver donde lo compro.

- Si, eso si se consigue facilito mire que Doña Josefa sabe de'onde traer todo estico.

- Y eso es todo?

- Pues si, eso es, cierra la bolsa con todo y lo consagra a San Onofre encendiéndole una veladora.

Hablando así las confidentes en uno de los puestos de las verdes legumbres y verduras se acicalan y arreglan para iniciar sus ventas en este nuevo día al cerrarse el amanecer y dar paso a la gloria de la luz y al ajetreo de las calles, las carretas, los caballos, la gente, al ir y venir buscando fortuna en el trabajo, en la magia, en lo divino, en los objetos y en las hierbas.

Don Pedro con su rostro tostado por el sol, con sus dedos grandes, toscos y con rezagos de tierra, con su sombrero que cubre su liso cabello negro, aciago, brillante y casi chamagoso, se agarra sobre sus pertenencias y llama a un niño de cara color panela, sí panela, medio café, medio rojiza con retazos amarillos sin que esto signifique fealdad, con grandes ojos negros enmarcados por rizadas

pestañas y abundantes cejas; llevando los pies al suelo y de pantalón al tobillo desgastado por el uso y rucio por el sol; y Don Pedro se dirige a él dándole instrucciones que se deben efectuar al acto, pero al mismo tiempo indicándole la trascendencia de aprender el secreto principal de la venta:

- "Manuel, pásame la harina, pero cuidado con regarla no vaya a ser que nos perjudique las ventas"

- Ese talego de aquí?

- Si ese y vaya allá donde Doña Berta y pídale que le venda o le regale un plato de esos donde sirve frito.

- Y para qué?

- Usted vaya pues, y cuidadito con decir que es pa' mejorar las ventas, dígame que es pa' poner una comida que se quebró el plato que le puso su mamá.

- Ya papá, qué vamos a hacer?

- Verás Manuel, aquí en el plato como es blanquito colocamos la harina formando un círculo, sí?

- Si, y qué más hacemos...

- Pásame los cabitos de la vela pa' prenderlos alrededor del plato.

- También le paso ese frasco con esa agua verde que tiene usted en el bolso?

- Si, ve mira, enton' prendemos las velitas, y coge, sostené esas monedas un rato mientras abro la botella del riego de la plata.

- Qué va hacer papá?

- A lavar las monedas con esa agüita verde que vos decís pa' que siempre tengamos plata. Estas monedas yo las guardo en la cartera ó el bolsillo y no las gasto para que no se me vaya la suerte, sí ¿Entiende mijo?

- Aja, si papá!

Y el niño observó todo el ritual que ha hecho su padre y que lo seguirá por muchos años más, día tras día para alcanzar la gracia divina y ser bendecido con la venta de su carga para llegar después con los bolsillos llenos a su casa, y esbozando una gran sonrisa que dejará ver a su mujer el triunfo dado y comprobarle como siempre que la harina, con el agua verde, las velas y todo eso si servirán para ganar dinero.

De igual manera de forma recelosa, escudriñando los espacios y la esquinas para que sólo una que otra persona escogida en especial, sea la afortunada que pueda guardar con igual ardor, ahínco y asiduidad el secreto pasado de la abuela a la hija, y de ésta a la nieta y ella a su vez a sus hijos.

Y una anciana con sus cabellos de un derretido plata que ya invade sus largas trenzas, que han sido hechas y deshechas con cada amanecer y atardecer se ata a su cintura sus follados y se prepara a confiar en medio de la oscuridad todavía reinante en el orto, en la alborada, el secreto guardado celosamente a través de los años, a quien le ha ayudado a lo largo de su camino, su nieta Anastasia:

- Mijita aliste la mesa, límpiela bien con agua bendita y hágale encima la santa Cruz.

- Qué hago ahora?

- Vea aquí, allá y ahí riegue agua bendita mezclada con azúcar y clavos pa' protegernos de todas las envidias y atraer a los clientes más rápido y no se nos vayan.

- Y con esas matas que me hizo traer qué hacemos?

- Ahora le explico, mientras echa el agua con azúcar rece tres padrenuestros y haga la cruz allí también.

- Ya esta abuela, qué más?

- Hágalo bien! No crea que esto es un juego.

- No, mire si ya rece los padrenuestros y ya regué el agua bendita.

- No haga tanto escándalo, no haga que se entere todo el mundo, y pasé traiga las maticas.

- Qué matas son esas?

- Una es de dólar y la otra se llama centavo, coja una hoja de cada una y métasela en la cartera ó en el bolsillo del delantal.

- Y eso pa' que las guardo, pa' la plata?

- Eso es pues claro y cuidado con contar, si cuenta se le va también a uno la fortuna porque todo el mundo hace lo mismo.

Entre la multitud de gente que recorre por las calles en busca de qué comprar, choca unos con otros, encontrándose en el camino a los niños que con sonrisas

abiertas y achispadas les ofrecen la gran variedad de sus productos envueltos en redecillas rojas y verdes: cebollas, mandarinas, reina claudias, limones, manzanas y uvas; mientras hombres de camisas arremangadas, y jóvenes que casi siempre llevan jeans puestos, raídos en las rodillas y sucios en los bolsillos, ofrecen sus servicios como cargueros ó con sus carretillas de mano, adornadas con pequeños pellizcos de metal de diferente color que unidos en si, forman una pequeña cruz y más allá se ve colgar el zapatico de un niño que se encontró el don, en la vía...

- Espereme doñita, cuídeme allí la carreta ya le sigo llevando el mercado.

- Pero a dónde va Joven, mire que tengo afán!!

- Esta sí es mucha suerte, vea me encontré un zapatico de niña.

- Ni que fuera gran cosa!

- Pues si mi doña, si encontrarse un zapatico de niño es bueno pa' la suerte, y más ahora, no ve que usted es mi primera cliente de la mañana.

- Y esos agüeros si funcionan, si sirven para algo?

- Pues claro jefecita, mire que cuando yo no me hago el baño con el jabón de canela y cuando no cargo el crístico con la cadenita de acero no me cae ni un solo trabajito.

- Es pura superstición.

- No señora, pruebe pa' que vea.

Y quienes no creen siguen pensando que los labriegos y los alijareros se apegan demasiado a tantas vainas que no ofrecen ningún resultado seguro, tantos augurios para controlar el destino y alcanzar el dinero que asegure la sustancia

para comprar la remesita, para pagar la educación de los infantes y pagar el arriendo; y muchos piensan que tanta creencia en tanta cosa, es el fin de lo bueno para iniciarse en lo malo, con el único fin de que la chorra no se escape y no perder la estrellita de la fortuna.

En otro de los puestos con cajones de madera ubicados en el piso, organizados de tal forma que parezcan una mesa; detrás de tal vitrina, una mujer despide un aroma especial y exótico cuya fragancia forma un vivido pero invisible destello que invade su alrededor y el cual es captado hasta por la más torpe nariz. En medio de los bultos que le sirven de asiento se ve bajo su chalina la hierbabuena ya marchita.

- Qué es eso vecina que guele tan rico hoy?

- Perfume, perfume Martica, no más, jabón y agüita.

- Diga qué se echa vuste pa' vender!

- Pues vea Martica yo le compre al Roberto un jabón pa' atraer el dinero y desde el Lunes me estoy bañando con ese jaboncito pa' ver si resulta.

- Y qué jabón es ese?

- Se llama jabón de la prosperidad con cuarzo.

- Con cuarzo, y que es eso?

- Pos yo ni le pregunte, lo que me interesa son los resultados.

- Va tocar hacer la prueba.

- Pero leerá bonito las instrucciones, no ve que tiene que bañarse una desde el cuello pa' bajo que si no, no funciona.

- Uh! pero con instrucciones y todo, no que pereza!! Yo si me quedo no más con la matica de ruda y el laurel.

Y en medio de la risa y el alboroto, los unos venden mientras los otros compran, salen y entran a las galerías buscando el mejor precio, pero ya sea aquí, ya sea allá se siente en el ambiente el suntuoso y callado misterio de lo esotérico, del arte ritual que encanta a todos los que vengan a comprar para cautivarlos, como los hombres con el sonar de la flauta seducen a las serpientes y ganan unas monedas; y así sacar de ellos, los largos reptiles sin patas, el parné o el din que tintinearán en sus bolsillos y les dará de comer.

La mujer regordeta, de ojos hundidos y bonachones con brazos cortos pero ágiles y con el cabello recogido en una moña deja casi listo el producto de su esfuerzo que pondrá a disposición de todo aquel que desee probar sus empanadas, el frito los envueltos y los tamales de masa dulce que los oriundos del norte tanto critican y detrás de todo este gran altar de la gastronomía se encuentra el otro altar espiritual que sustenta y alimenta su fé en Dios y en lo que El ha dado en la tierra. Y toma de entre sus pertenecías más preciadas para atraer el dinero, un pequeño y agostado ajo macho que lleva desde hace dos días en su cartera regalo de otra amiga y el cual había estado tratando de conseguir desde hace ya algún tiempo. De uno de los bolsillos de su falda, o de entre sus pechos saca un

pequeño papel doblando cuidadosamente como si contuviera un tesoro y recuerda lo que su amiga le dijo hace dos días:

- Cuando estés en tu puesto de trabajo, organizas todo como todos los días de mercado y repites lo que dice este papel:

- Ya recuerdo, enciendo la vela amarilla y digo la oración para consagrar el ajito a mi suerte: ahora, a ver lo que hace:

“Dirigid vuestros efluvios ¡OH! Astros soberanos hacia este AJO que os representa en este planeta llamado Tierra y dadle todas las virtudes y cualidades que sean precisas para que tenga el absoluto poder de dominar sobre los buenos y los malos espíritus, según sea mi deseo. Que pueda por lustración vencer todos los contratiempos de la vida, adquirir riquezas y poderíos, no ser molestado, ni vencido, por personas, espíritus, estar libre de maleficios encantos y demás sortilegios. Que nadie pueda hacerme daño y posea absoluto dominio sobre los astros y los elementos de la Tierra, los espíritus de la luz, ¡así sea!”*

* Oración leída por la señora Eugenia Pérez. Edad aproximada 45 años, natural de Ancuya.

- Qué será eso de efluvios? De poderío? De sortilegios? qué palabras tan raras, piensa ella y sin embargo las lee, pese al interrogante y la duda que en ella causan y a la dificultad a que sus labios se ven vistos al leer términos desconocidos.

Mientras tanto al fondo, una voz ronca distrae a las personas de sus labores y dice...

- Señoras y Señores acérquense a ver, sin ningún compromiso, les traigo lo propio pa' que usted mi patrón deje de perder en las ventas.

- Y eso si funciona?

- Qué si funciona mi doña? Déjeme demostrarle la verdad, usted donde ha visto tanta prosperidad?

- No sé, pues diga usted!

- Pues en todas las partes donde hay fé, y donde tienen esta magnífica y poderosa figura de Buda, se preguntará usted. Y quién es Buda pa' ayudarme a mi?

- Buda fue un gran hombre, rico él, con prestigio, bien alimentado, con fortuna...

- Y eso qué?

- Pues señor mío... Que Buda o mejor dicho usted con esta figurita va a ver milagros en su vida verdaderos milagros patrón, no como esos que se inventan de bajar veinte kilos en un mes, usted mi señor va a ver como su caudal aumenta sin robarle a nadie, ni partiéndose el lomo.

- Primero que todo, el Budita si lo quiere en esta figurita le cuesta cinco mil pesos o si lo prefiere más grande a diez mil pesitos; solamente por el día de hoy se lo

doy con la oración escrita pa' que usted también tenga el poder de llamar el dinero y pues por supuesto pa' detenerlo.

- Estos Budas están sin rezar.

- No, no señor, ya están listos pa' usar, lo que pasa es que es mejor que como lo va a acompañar a usted, pues usted se haga su amigo.

- Qué hacemos después de rezar esa oración?

- Perfecto, pues usted ahora va y consigue tres monedas...Una moneda regalada, una ganada en el trabajo y otra que se la da un limosnero o un pordiosero.

- Qué le va a dar a uno una moneda un pordiosero, cómo se le ocurre!!

- Si no se le da, usted se la cambia, no importa si la que le da usted vale más, el propósito es que halla sido antes de un limosnero.

- Pero esos son unos muertos de hambre!.

- Eso es lo que usted cree, pero cuanto cree qué puedan tener? Ellos reciben siempre platica, pa' continuar van a coger las monedas y las van a sobar en el vientre del Buda y todo el dinero que reciben lo va a ser pasar delante de él.

- Algo más?

- Si Señora el Buda debe estar siempre de espaldas al comprador y de frente a usted y no se lo vaya hacer nunca robar que eso es bien malo pa' usted.

- Véndame pues dos a mí, y no se olvide de la oración.

- A mis otros tres.

- A mi uno

Sin saber, en unos pocos minutos los Budas han desaparecido y se han llenado las escarcelas del paísa culebrero con los billetes de los vendedores del mercado que en su afán de ganar y sacar más platica, la gastan en agüeros y amuletos para hacerse ricos sin mucho esfuerzo.

En una casa ahí cerca una mujer enjuta de cabello castaño oscuro observa con atención la escena de los Budas, dejando por un momento de barrer siempre de afuera hacia dentro para evitar que la suerte se marche con quien menos se piense. Y después de barrer, Maria Soledad cuidadosamente esparce desde la puerta un polvo especial: el polvo atrapa – clientes, teniendo buen cuidado de que quede pegado a los rincones de la puerta y no sobre la baldosa de aquí o allá para que los clientes al entrar o salir se lleven la fortuna en medio de los zapatos y el rápido caminar:

- Qué es eso mami?

- Es un polvo de atrapa – clientes.

- Cómo de atrapa – clientes?

- Si mijá es pa' vender más pero no es bueno que la gente se entere porque sino se dañá su poder.

- Se van?

- Exactamente, por eso calladita, mire no más y no diga nada.

- Yo puedo tocar?

- No porque esta muy pequeña y usted no vende nada aquí; en cambio su hermano, su papá o yo si podemos. Vea, toca que se eche así en las manos un poquito y también hay que hacerle caer a la mercancía pa' que se venda bien y rapidito, si?

- Así se vende más?

- Si...listo, pues si hija, cuando este grande ya me ayuda a vender y le enseño bien cómo hacer esto; bueno?, ahora váyase a jugar pa' dentro.

Y Sofía sin decir una palabra más se va a jugar en un rincón, detrás del mostrador y en medio de sus juegos repite lo que su mamá ha hecho, finge tener unos polvos mágicos en sus bolsillo o en su mano y los esparce con verdaderas reverencias sobre sus muñecas y sobre sus colores y crayolas que aparenta vender a un cliente imaginario, que viene en busca de su mercancía atraído por los polvos mágicos sin saber por qué aquí con Sofía y no allá con Ricardo o Mónica.

En el local de enfrente otro ritual se esta llevando a cabo para proteger la casa y vender más que los demás; una competencia no planeada que se ha vuelto el pan diario de la gente de aquí. Los requisitos son muchos pero deben tratarse de cumplir a cabalidad porque sino no tiene el mismo poder entre más exacto mejor.

- Ya alistó hija el ajo macho y los platos.

- Si Alfredo, mire ahí están, junto con el agua bendita, las velas, la maceta nueva con la tierra recién cogida.

- Y el oro, el cobre, la plata, el plomo?
- Eso esta en la caja de galletas. Ahí puse el aretico de oro que me quedo cuando se me perdió el par. El anillo de acero que nos regalo su papá. Un pedacito de plomo que encontró el Juan, y la moneda antigua pa' la plata.
- Y el hierro?
- El hierro pues también ahí en un pedazo de varilla.
- Y ya todo esta rezado?
- Y no se acuerda ¿ya lo rezamos ayer, anoche antes de irnos a dormir; y más bien usted ya limpio la meterá antes de echarle la tierra con el alcohol?
- Ya'sta. Ahora si veamos, usted vaya leyendo lo que anote en el papel. Con la edad uno se va olvidando lo que los viejos le han enseñado.
- Aquí dice que en el plato más grande y hondo se coloca l'agua bendita, y en el otro la vela de hoy: la vela rosada ó la verde...
- Es la vela verde pa' pedir por los negocios y el dinero.
- Y la rosada pa' qué?
- Esa es pa' la salud. Ahora pase el ajo macho y la matera con la tierra.
- Ya, esperese qué cree usted que tengo ocho brazos?
- Apurese y pase el plomo, el hierro, la plata y el oro.
- Aquí esta la matera con la tierra nueva.
- Pidamos al señor nos corte la envidia y nos bendiga grandemente con prosperidad en los negocios, que se refleje su bondad y poder con el aumento del dinero recibido.
- Entierre pues el ajo y todos los pedazos de plomo, oro, ya sabe...

- Aja, y tome... Ahora pásame l'agua bendita pa' ser el riego de la matera y de la casa. Ya sabe en las cuatro esquinas y en puertas y ventanas.

- Me lo ha repetido por años, si yo ya sé, qué me cree bruta?

- Mañana todavía estamos en cuarto creciente, toca alistar por la noche la vela amarilla la matica pa' sembrar, otra matera por ser semana nueva y.... ah no! mañana no toca metal.

Y cada vez que la noche se ve invadida por el tenue y mágico brillo de la luna en cuarto creciente, es la semana donde se debe hacer todo este ritual para alcanzar ser librado del mal, para obtener dinero y disipar envidias, para el amor, la amistad, la fuerza y la paz espiritual.

Es difícil creer en qué momento nuestra herencia traída desde España con la Cristiandad llego a adquirir sus mayores y más diversos matices inverosímiles cuando entró en contacto con las creencias naturales de las tierras americanas, con los pueblos pre-colombinos, mexicanos, peruanos, gauchos y guaraníes entre otros. Cómo se puede combinar y armonizar creencias con otras y resultar una amalgama ritual con alcances insospechados, ya sean colectivos o individuales, al ir sacando del fayado o del sotabanco la riqueza escondida entre los recuerdos de las abuelas y las tradiciones de nuestros pueblos.

El cura de la parroquia les ha enseñado que San Benito es el propio para hallar las cosas perdidas y más si se le ha perdido la buena estrella del amor y el dinero. Lo mejor es encomendarse al Señor y a San Benito para que todo cambie.

- Padrecito, miré que ya no se qué hacer.

- Qué le pasa señora?

- Lee he rezado ha todos los santos y nada, como si estuvieran sordos.

- Y qué es lo que la acongoja?

- Pues fíjese que se perdió la monedita de cinco centavos que tanto me costo conseguir pa' ver si me resultaban mejor las venticas en el mercado.

- Moneda de cinco centavos, pero si eso ya no se usa!!

- Pero es de suerte padrecito, y mire que envolátaseme...qué hago padre a qué Santo recurro?

-No es bueno ser tan supersticiosa Doña Caridad, pero quien es infalible a hallar las cosas perdidas es San Benito.

- San Benito? Y quién es ese santico?

- Ya ve que usted no esta rezando bien, San Benito es el patrono de las cosas perdidas, materiales y espirituales...

- Así como San Judas?

- El es el patrono de las causas perdidas y las soluciones difíciles.

- Pues toco encomendarse a los dos, y cómo hago con él tal San Benito

- Vengo a la sacristía?

- Allá tengo unas medallitas de él. Usted se la cuelga en el cuello con un hilito bien fuerte y no la deja ver de nadie y le reza cada noche y vera como halla su moneda para las ventas.

- A padrecito vuste es un Santico, qué Dios me lo bendiga bien harto.

Caridad se marcha a su casa contenta de que al fin va hallar sus cinco centavos, y que aparte de esto ya cuenta con otro Santo, otro aliado para sus ventas. En realidad, aunque no encuentre la moneda igual va a seguir pidiéndole a San Benito y prometiéndole serle fiel si le ayuda con las transacciones de cada día.

Un caballo, café cobrizo, llevando su carga a cuestras con los huesos marcados bajo el pelo de su maltratado cuero, con crines rucias y apagadas así como está el brillo de sus ojos por las faenas de los años, camina paso a paso por las calles de Pasto, siempre llevando su carreta, tirando de ella como si fuera una parte más de su cuerpo; madera que ya es como su piel, lomos de árbol seco que se llenan de cebolla, tomate, papa, plátano, manzanas, bananos y verduras, así siempre, sin descanso hasta la noche. Sus patas día con día chocan con el asfalto produciendo un sonido ronco pero agradable al oído, especialmente a la percepción de los niños de la ciudad que ven con súbita y tirulata admiración la fisonomía del cuadrúpedo animal que sin querer ha dejado caer a su paso uno de sus zapatos de metal que será por ventura remplazado por otro igual que su dueño compra en el mismo mercado del Potrerillo.

Un niño se agacha y recoge del suelo con delicadeza furtiva a la vieja y desgastada herradura que el caballo malagradecido ha dejado olvidada a su paso; animal descuidado que no aprecia sus zapatos, hierro que le ayuda a soportar el duro y áspero asfalto de la ciudad.

- Mire mamá lo que encontré en la calle

- Qué fue pues?

- Mire, venga vea una herradura

- Y cómo la encontró cómo yendo pa' delante o cómo si viniera hacia usted?

- Y que importa, es de "guena" suerte no?

- Afane cómo la recogió del suelo?

- Pues estaba como pa' calzársela y con un clavo torcido todavía

- Así, sí, es que la herradura es de buena suerte cuando uno se la encuentra así como vuste la recogió.

- Qué la hacemos, la voy a poner debajo del colchón.

- No sea bruto, si esa se la debe colocar es encima de la puerta, preste más bien pa'ca yo la acabo de acomodar.

- Y pos enseñe cómo se hace, si algún día, Dios no lo quiere, a vuste me le pase algo, yo cómo quedo?.

- Ay, venga pues y vea, a la herradura hay que lavarla con agua bendita y cuando la seque, decorarla con cinco cintas.

- De cualquiera?

- No, bruto, esas tienen que ser una roja, otra blanca, otra verde , otra amarilla y otra morada.

- Y pa'qué tantos colores, vieja?

- No ve que cada uno tiene una misión o un trabajo especial. La roja es pa' l'amor, la blanca pa'que haya la paz, la cinta verde pa' la esperanza, la amarilla pa' la plata y la morada pa'que uno sea humilde.

- Y qué más se le pone?

- Eso no más, venga coja un asiento y trétese y ponga un clavo y cuélguela encima de la puerta con todo y cintas.

Y así Ramiro se dedica a observar como su progenitora decora la herradura con las diferentes cintas de varios colores formando un pequeño arco iris portátil que ayudará a los pronósticos positivos para la vida de sus viejos y de la suya. Entre tanto su madre doña Clemencia se esmera en tan delicada tarea poniendo en ella lo mejor de su talento y su corazón; y una vez lista la herradura con su mejores galas como para ir a festín, Ramiro se levanta con lentitud, apoyando sus manos trigueñas sobre sus rodillas, arrastra con visible pereza la silla bajo el dintel de la puerta; acto seguido, busca clavos y martillo en la cajita de madera debajo de la cama tendida con cobijas de lana oveja y con sobrecama tejida por las manos de quien le dio nacimiento a este mundo. Y al cabo de unos pocos segundos, se alza sobre el butacón de madera, asentando los pies en su base y clava para colgar la herradura, que encima es asegurada con una piola ó con cáñamo para impedir que cuando alguien entre, caiga sobre su cabeza en un puro acto

accidental o impedir el casual robo de tan preciado amuleto que les beneficiará altamente. De los montes en el cual se encierra los valiosos cristales como de cresos diamantes en estuches de verde bujeta por la naturaleza obsequiada, la mata o penca de sábila es utilizada y conocida por muchos expendedores para verificar la sanidad de sus casas y negocios, para comprobar el maleficio o menoscabo hecho por algún desconocido enemigo...

- Ya consiguió la penquita de sábila?

- Si, mire que logré que Don Marcos me regalará uno de los hijos que le crecen a la matica que tiene él en el jardín.

- Mejor, así regalada se consigue mejores efectos. ¿Qué le parece si la cuelga ya a la entrada del localito?

- Pues sí, vamos a ver si se seca o se pudre.

- No, Dios no quiera que se dañe así.

- Pues si nos hicieron algún mal veré que la matica se va a podrir, en tal caso toca que irla a tirar al río.

- Si sabe cómo?

- Ya piensas que no! se la coge con una talega y se la tira al río de espaldas pa'que se vayan los demonios y los males.

- Amén.

Y en esta tiendecilla, sin más que ese ritual de colgar y esperar a que se seque o muera por descomposición pasan los días de la sábila con la predecible mirada de

desconfianza, esperanza, miedo y tranquilidad, cómo quien espera una noticia cuyo contenido no se sabe si es bueno o malo.

El hombre agachado sosteniendo su cabeza con las manos abiertas en un palpable y vislumbrante gesto de desesperación. El cabello sin cortar, en tumulto, ensortijado, enmarañado en donde sea que se mire; Jaime con cuello sudoroso y camisa semi abierta levanta la testa sin soltarla de entre sus manos, y con desdichado y apocado mohín, tapa su boca y nariz con sus dedos formando con ellos una cuenca que apenas deja pasar el aire que respira. Con los ojos bien abiertos ve pasar la gente pero sin verla en realidad; con la mente y el pensamiento en no se sabe donde o qué cosa. Y con sus pies toscamente calzados con zapatos de cordones desgastados que dejan ver casi la punta del pie, golpetea rítmicamente el suelo, a veces con un pie, a veces con los dos al tiempo; y de repente se detiene y poco a poco retoma su angustiante movimiento para revelar la mesticia y ansiedad de su pensar. Casualmente, le guipa la vecina de a lado que como él vende todos los sábados la cebolla y los tomates de carne, el perejil y el brócoli...

- Qué le pasa Don Jaimito, algún problema?

- No, nada vecina, es que ya no se que hacer con tanta deuda y mire que casi siempre me regreso a la casa con todo.

- Pa' eso hay remedio compadre, usted no ha escuchado de la receta pa' llamar al dinero y retenerlo?

- No, misia Lidia, cómo es eso?

- Eso es coger varias yerbas y otras cositas y ya!

- No misia, Lidia, cuente bien, qué necesito?

- Bueno, bueno Don Jaime no se me desespere. Lo primero son la yerbas y las matas. Consígase primero un clavel rojo y uno blanco, unas tres rajitas de canela, un manojito de perejil...

- Ah perejil fácil, yo vendo!

- Si, además consiga un manojito de verbena, tres ramos de romero... si eso es en cuanto a las maticas.

- Y de lo otro?

- Levántese por ahí un objeto de plata y otro de oro que no tenga ningún adorno agregado o puesto encima, un Jabón neutro, así como el Jabón de coco o algo así y un tarro de hojalata.

- y bueno y qué hago con todo eso yo?

- Pone todo eso dentro del tarro de hojalata que sea bastante grande como pa' echarle dentro unos tres litros de agua y la pone a hervir unos treinta minutos.

- me espero a qué hierva treinta minutos?

- Si, Don Jaime, después con esa agüita cuando este tibia se baña con el jabón neutro y se enjuaga y se seca y parte de la mezcla se la echa en la cabeza y hace una oración....

- Sirve el padrenuestro o el avemaría...?

- No, no usted dice esta oración: ***“Dinero, ven, ven. Ven como yo quiero que así sea y de mi no te iras jamás. Que se, que se haga y se logre”.***

Esto lo repite tres veces y hace el baño dos días más.

- Pos nada pierdo, lo voy a hacer apenas llegue a la casa y consiga todo eso que me dijo. Pa'que no se me olvide me hace el favor de anotármelo?

- Claro, pa' eso estamos.

Y así Don Jaime deja por un momento la preocupación y el desasosiego y se ríe mientras trata de memorizar todo lo que tiene que hacer: los elementos, el orden de preparación y el orden de práctica. Confía Jaime que así podrá librarse, o por lo menos en parte; de la dosis de dudas que lo atormentan hasta el día de hoy.

Doña Martha Vallejo en cambio no se deja alcanzar por la mala suerte y la desgracia, ella todos los días hace los riegos, y le reza a quien debe para que a ella el infortunio no la toque ni la alcance. Todos los días como es costumbre y en ella, llega a su puesto en el mercado y riega su puesto con una mezcla básica y sencilla de panela, clavo de olor y ortiga. Cundo la competencia se pone brava ó la clientela esta esquiva se ayuda con otras cositas más:

- Misia Carmen me regala unos granitos de arroz, y unos de trigo?

- Para qué Doña Martha?

- Es pa' un remedio pál dolor de cabeza, toca mascarlos despacito y así se le va quitando el achaque.

- Coja no más vecina,....con confianza.

- Gracias, misia Carmen, Dios le pague, vea me voy volando que deje el puesto solo con la niña.

Más allá habla con Don Guillermo y le hace otra petición...

- Don Memito, cómo me le ha ido? Ya esta más repuestico?

- Si, Doña Marthica, Dios le pague, antes ya paso el mal.

- Y qué era qué tenía?

- Andaba mal con una pierna porque me caí borracho bajándome de la yegua.

- Ya ve eso le pasa por andar beodo... Vea don Memo hágame un servicio.

- Como se pueda...diga no más?

- Tendrá que me regale un poquito de café molido y unos clavitos de olor?

- Eso no más?

- Si mi señor.

- Ah no si es así de fácil el servicio, como negarse...

- Gracias don Guillermo, Dios se lo pague.

Y de regreso a su puesto con paso menudo y célere; con una agilidad que un gato envidiaría, llega Doña Marthica a su puesto saca de un puñado el arroz y el trigo mezclados, cuenta con precisión doce granos de cada cereal, luego cuenta doce clavos de olor y mide media cucharada de café; toma su bolso y saca media cucharada de azúcar de un talego. Lo mezcla todo y aparte en un papel escribe su nombre. Todo esto con el fin de atraer la buena fortuna para ella. Guardando

todo esto en una bolsita llanamente elaborada se lo coloca en medio del pecho para que no se le pierda nunca y la suerte no se vaya.

Mientras tanto un niño en otra esquina, a regañadientes se deja quitar los zapatos; llora, zapatea, se encoleriza y no entiende por qué tiene que soportar llevar hierbas feas en su pequeño calzado. Luego la mamá le pasa los sacos de limones, mandarinas y cebollas empacados en elásticas mallitas que dejan ver y hasta tocar el producto deseado.

- Yo quiero hoy jugar un rato...

- Con que rezongón este mocoso, venga más bien a quitarse el zapato derecho y déjese poner la ruda, un poquito de azúcar y el tabú.

- Pero yo no quiero, eso para qué, eso pica, a mi no me gusta.

- Deje de ser tan rutón que eso pa' que venda harto, y si no? con que cree que se le paga la escuela, sirva pa'lgo!!

- Es que yo no quiero, mire allá esos niños no tienen que trabajar, y esa azúcar en el zapato me hace doler el pie!!

- Deje de ser tan aguaguado! Y usted trabaja porque somos pobres, antes agradece que te pagamos la escuela, y deja de lloriquear, andaté, andaté no te quiero ver más por aquí sino hasta que vengas sin nada!

Andrés se va pateando el suelo y tocándose el brazo en el sitio donde su mamá le dio un pellizco de esos que duelen hasta el estomago. A la vuelta de la esquina

donde su mamá no lo puede ver, se cerciora Andrés de que nadie conocido lo ojee, se quita primero un zapato, lo sacude, mete la mano hasta dentro y saca la ruda aplastada por el peso del pie y de regreso a calzárselo ; acto seguido, hace lo mismo con el otro zapato y antes de volvérselo a poner, corrobora con la mirada dentro de él que no haya quedado nada de azúcar, de ruda, de tabú ni de suciedad alguna que le pueda molestar. Apenas termina, se levanta, y comienza a dar vivas voces de lo que vende, y la gente ante tal grito que siente a sus espaldas voltea, se gira, lo observa, juzga sobre la calidad de sus productos, medita, compra o se va.

Desde el mar hasta el Galeras, como murmura el himno del Departamento, así, de igual guisa, vienen los negros cargados de pescado, cangrejos y jaivas que traen desde el Océano Pacífico. Sus pieles de color moreno lo protegen del sol, mientras sus alargadas manos y dedos oscuros se encargan laboriosamente de desataviar las canastas y cestas al son de ritmos calidos y bullangueros y al acompasado movimiento de sus cuerpos que se ciernen como si fueran a desbaratar con una pasmosa suavidad y presteza que parecen casi evocar el muelle bullir de las palmeras costeras delicadamente acariciadas por el céfiro y la brisa. Sus encarnados labios embrunecidos permiten develar en el interior de la boca los brillantes y fúlgidos dientes que esbozan una amplia y afectuosa sonrisa mientras hablan unos con otros:

- Qué tal nos ira el día de hoy?

- Mi vieja me encomendó al Señor del Mar, ella siempre le enciende una vela azul para que me vaya bien aquí en este frió.
- Yo si digo hay que pedirle al Señor del Mar pero hay que ayudarse con el poder mágico de las cosas de la Naturaleza.
- Qué quieres decir,...
- Pues yo tengo la costumbre de coger la concha de mar y molerla en una piedrita; con el polvo que queda, ese lo mezclo en agua de mar cogida en el anochecer dada la luz de la luna encima y la mezclo y esto lo riego en mi puesto.
- Y eso si resulta? No es puro cuento?
- Eso me lo enseñó mi vieja y a ella mi abuela y así.
- Pero yo sino creo...
- Peor pa' vos, qué no sabes que los de antes sabían cuanto cosa pa' que les vaya bien. Hermano, tené y proba pa' que veas lo que es bueno.
- De que hablan ustedes dos. Si lo propio, es coger la concha y llevarla en el bolsillo y sobarle cuanto billete y moneda se carga en la mano.
- Eso si lo había escuchado y hasta visto!
- Ves, sin tanto trabajo y problema. Sobarla no más con la plata así como a la negra Rita, esa novia que tenés.
- Con ella no te metas, que mi sol merece respeto.
- Bueno yo digo como pa' que te acuerdes de tu sol y así ponerte un buen ejemplo, pero no te enfurezcas, eso es solo un decir...

Y así, siguen ellos en medio de comentarios garbanceros y zafiros que no todo el mundo ve con los mejores ojos. Mientras tanto los cangrejos luchando por moverse un poco en tan estrecho y cerrado habitáculo y el pescado extendido sobre un plástico doblado, los costeños, los morenos de Tumaco, la Tola, Salaonda y otros municipios del Pacífico nariñense se aglutinan y amontonan para echar cuentas y disponer de la mejor forma la venta de los días pasados.

Con vestiduras finas y cargando en sus brazos a un niño de belleza singular, con pequeñas cuerdas desprendiéndose de entre sus dedos como delicadas y suntuosas cadenas que acordelan a quien quiere la madonna; viéndose al final de tales hilos, pequeños cuadros de tieso café donde se dibuja una figura que aparentemente nos habla de Dios, la cabellera suelta pero visible solo en parte debido a un manto que cubre su cabeza, se extiende de allí a sus hombros hasta caer por detrás, en la espalda. El niño en sus brazos parece estar tranquilo de la protección que haya encunado sobre aquel pecho suave y tierno; y aunque este un poco despegado del seno de su madre sigue reflejando la afición y apego que la doncella que lo sustenta trae a su alma. La llamada Nuestra Señora del Carmen, que se la vincula exclusivamente con los conductores y aurigas de los buses urbanos e intermunicipales.

- Ya le encendió la veladorcita a la Señora del Carmen?

- Eso ni se pregunta! Cómo va creer que me voy a olvidar, y sino quien me bendice las ventas?

- Tiene usted toditica la razón, si no, no se vende sino una miseria.
- Le cuento yo además que ya me conseguí el escapulario verde pa' que me proteja de los enemigos.
- Ya lo regó con el agua de azúcar?
- Y dirá que eso toca así?
- Pues claro, lo lava un poquito con agua con azúcar y si tiene además con un poco de ruda, pues mejor.
- Voy a seguir su consejo vecina, que Dios me la bendiga, y también sabe que le cuento que yo a la sola Señora no me encomiendo,...
- Cómo así, le es infiel?
- Cómo se le ocurre, pero como ellita es mujer toca también a un Santico Patrón, cómo lo ve?
- Pues ahora que lo dice, eso si es verdad. Yo le rezo pero harto es a San Pancracio pa'que me de bastante trabajito, y usted?
- Yo, pos, yo sino cambio a San Judas Tadeo, ese si que es milagroso. Pero si el no me cumple yo si lo pongo castigado viendo a la pared y ni una veladora por una semana, después él mansito me hace todos los favores.
- Pero vela dizque castigando al Santico, ya solo le falta darle azotes...

En el pasar de las horas, las dos Señoras siguen su charla, mientras siguen vendiendo los productos que han comprado con anterioridad a los campesinos de las montañas y veredas nariñenses a un precio irrisorio mientras sacan el mejor provecho al comerciarlo en el mercado del Potrerillo; y para eso no interesa si se

tienen que castigar, regañar o maltratar a los Santos patrones que no hacen los favores y solicitudes hechas por quien tanto lo cuida y lo quiere.

En el local de venta de ropa de Doña Teresa, se puede encontrar todo tipo de vestidos y a los mejores precios según ella misma dice y habla; ropa de bebé en blanco, amarillo, azul y rosa, trajes para la señora y el patrón, prendas para niña y niño; y si a usted le interesa adquirir la pinta completa se ven también los zapatos y las medias para los niños y los jovencitos. Nuevamente, los ojos de los compradores son ciegos ante la mágica ritualidad encerrada y que invade cada prenda allí ubicada que se adhiere a cada individuo que entra a tal habitación amplia y poco bien iluminada.

- Qué busca patroncito, ropita pa' los nenes?

- Si, más o menos, pero algo baratico. Lo que busco es un par de camisas y un pantalón.

- Camisas pa' niño?

- Si, así como pal colegio. De manga corta.

- Qué tallitas?

- Ocho y diez y un pantalón para hombre, color negro talla treinta y cuatro.

- Qué le parecen destos?

- Si me lo pruebo y usted ayúdeme a buscar las camisas mientras tanto.

- Ya en un momento se las tengo...

- Si el pantalón me lo llevo, ya tiene las camisas?

- Ya se las están midiendo los niños. Estas le valen doce mil pesos cada una.
- Déjemelas a diez mil peso pa' llevárselas.
- Güeno joven, por ser la primera venta del día.

Y así doña teresa verifica la transacción no sin ser interrogada por una de sus hijas pequeñas:

- Paqué es buena la primera venta?
- Esa le trae suerte a una pál resto del día.
- Y se hace algo más?
- A veces una se ayuda con otras cosas, por ejemplo vuste puede coger varias cintas de diferentes colores; roja, blanca, negra, verde, azul, naranja, y así, y atarlas con un pelo suyo y pide lo que usted quiera.
- Puedo pedir plata?
- De todo luego se lo pone en una bolsa amarilla con hojas de laurel, sándalo, un crucifijo y un poquito de azufre. Todo esto lo consagra a San Judas o al Divino Niño del veinte de Julio y se lo pone usted guardadito cerca de su cama.
- Y le rezo?
- Si vuste quiere claro, es mejor...

Y Doña Teresa y su hija siguen hablando sobre tantas creencias y tanto agüero para siempre triunfar y tener victoria en la vida, mientras esperan que otro cliente aparezca.

Caminando y caminando se llega a otro punto del Mercado el Potrerillo donde quien busca latonería y artículos de metal, de hierro, de cobre puede comprar lo necesario aquí. Hombres todos ellos los que aquí casi siempre trabajan, ellos hablan de no practicar ningún agüero que eso es cosa de mujeres y viejas, y sin embargo, se ve a primera hora de la mañana sacudir con verdadero ardor el manojo de ruda cuyo aroma se expande por todo el disminuido espacio de la pequeña caseta metálica, mientras otros forman como si nada pero en su actuar reflejan el trasfondo de sus acciones; se observa cómo con disimulo después de cada bocanada de humo y tomando el cigarrillo con especial cuidado para no dejar la ceniza, la observan con detenida atención pareciendo que buscan encontrar algo que les avise sobre su destino...

- Don Benancio, qué tal le ha ido, el otro día no se dejó ni ver'

- Pues no, estaba algo malito con la espalda; ahí mi mujer me preparo una agüita de llantén pa' ver si era de los riñones. Qué anda jumando, el tabaquito pa' saber del amor o de las ventas?

- Pos de ventas, de amor andamos derecho.

- Y vuste no le hace a los riegos?

- Yo si no creo mucho en eso, eso de barrer con la ruda y andar regando aguas eso es de viejas.

- No crea compadre, yo si he comprobado que resulta.

- Y por que lo dice?

- No ve que mi Margarita, la hija mayor, vende que da miedo, y es a punto de riegos.

- Y vea que lo que le echa?

- Pos yo le he oído que Altamisa, por la cuestión de las envidias y canela pa' atraer la clientela, y no se que otras yerbas.

- Esta como bueno habrá que verse... pero eso como que no, pa' un hombre como que se le ve mal...

- No se, yo creo que más mal se le ve el negocio vacío, y con toditica la mercancía, así como quien dice sin nadita de chamba.

Y así en cada puesto del mercado, en cada local, en cada casa, cada persona esconde su mejor agüero para ganar la guita del día, y sus creencias van en aumento a medida que retoman cuestiones del pasado; de los indios, de los negros, y de los españoles; a cada paso cuando le atribuyen poderes a las plantas medicinales; y cada vez que influenciados por la televisión, la propaganda esotérica, la magia y la hechicería varían los medios rituales para no dejar escapar la suerte ni la fortuna. El mercado el Potrerillo es el pequeño mundo, la pequeña ciudad dentro de la ciudad de Pasto donde convergen, se encuentran, se mezclan y también desaparecen los rituales y las creencias de un Pueblo cuyo parecer y pensar se vuelven día con día un amalgama que se traza igual que un lazo y al mismo nos atrae y nos ata a nuestra idiosincrasia y a nuestras raíces mestizas que tanto nos han nutrido y sostenido a lo largo de la existencia de nuestros pueblos.

CONCLUSIONES

El contacto directo con las personas que trabajan en el mercado ha sido el mayor referente pedagógico en el desarrollo de la investigación. En ellos encontramos el punto de convergencia de múltiples saberes, los cuales han ido aflorando para nosotras con el trabajo etnoeducativo que propiciamos en este espacio.

Partiendo de éste punto, encontramos que la práctica etnoeducativa, en este caso, se genera en un espacio muy diferente del aula de clases (En la plaza de mercado), sitio donde encontramos a los educandos en sus labores cotidianas y de quien es necesario revalorar sus conocimientos.

La plaza de mercado el Potrerillo es un centro educativo que resguarda saberes que no están plasmados en libros y que es necesario explorar. Como etnoeducadoras el trabajo realizado con la comunidad del mercado, posibilita el encuentro con diversos conocimientos que se han mantenido relegados al considerar ésta plaza simplemente como un espacio de compra y venta. El trabajo con la comunidad se basó en la interacción con los comerciantes, quienes son el fundamento de ésta investigación y quienes abrieron espacios dentro de su jornada de trabajo para ayudar a que el contenido de esta investigación trascienda la plaza y llegue a toda la comunidad regional, si es posible, generando una nueva perspectiva que permita adentrarnos

revalorando el espacio y las personas que aquí trabajan y que son depositarias de enormes saberes.

Llevando éste trabajo al aula de clases, es necesario tener en cuenta que la Etnoeducación también puede realizarse en el espacio urbano y que hay lugares de gran importancia que necesitan ser explorados de tal manera, que trascienda el aula de clases para tomar, como en éste caso el conocimiento desde la comunidad y no conformarnos solamente en teorías que no tocan la vivencia y el sentir de éstas personas.

Un factor primordial de ésta investigación es la TRADICIÓN ORAL, mediante la cual, La palabra a través del diálogo o conversación toma fuerza, vigencia y continuidad, dando a lo contado mayor validez. Este trabajo etnográfico aprovecha al máximo el conocimiento de los comerciantes del mercado, en donde la palabra, hila saberes ocultos para los transeúntes y es mediante ella que como afirma Aurelio Arturo en Morada al Sur :

.....Palabra omnipresente

Con nosotros desde el alba

O aún antes

En el agua oscura del sueño

O en la edad que apenas salvamos

Retazos de recuerdos

De espantos

De terribles ternuras

Que va con nosotros

Monólogo mudo

Diálogo

La que ofrecemos diálogo a nuestros amigos

La que acuñamos

Para el amor la queja

La lisonja

Moneda de sol

O de plata

O moneda falsa

En ella nos miramos

Para saber quienes somos

Nuestro oficio

Y raza

Refleja

Nuestro yo

Nuestra tribu....⁶

⁶ ARTURO, Aurelio. Morada al Sur. Editorial Norma, Santa fe de Bogotá, 1990. 39p.

Logramos una retroalimentación de saberes que dejan al descubierto Los ritos y creencias que envuelven la compra y venta que nos transportan a mundos imaginarios que ayudan al mantenimiento y consecución de creencias, como lo hicieron nuestros ancestros.

La tradición oral, es la fuente que permite dentro del mercado, dar a conocer y mantener las creencias a los suyos. Esta tradición se da, de padres a hijos y estos a sus generaciones, donde la influencia de los avances tecnológicos y la relación con personas de distintas partes de Colombia y otras tierras, van dejando huella en el transcurrir de estos conocimientos.

La relación intercultural que se da dentro de la plaza del Potrerillo, matiza los saberes que acogidos como propios, impregnan los conocimientos existentes, ofreciendo gran variedad ritual y costumbres entre otros. Un ejemplo de éste hecho se contempla al acoger las conchas de mar, algunos comerciantes de la sierra para la mejor venta y cuya efectividad es dada a conocer entre los suyos que además, de los ritos que ya tenían, se ven fortificados con otros más.

Los ritos alrededor de la compra y venta en el mercado del Potrerillo son principalmente de carácter católico que suma a su vez el empleo de plantas, amuletos, riegos entre otros; esto con el fin de dar más efectividad a las oraciones y peticiones realizadas por los comerciantes, que hallan un soporte en el uso de estos objetos que toman un carácter sagrado y primordial para

sus propósitos de mejorar las ventas. Es también necesario, mencionar que existen infinidad de ritos de los cuales hemos dado a conocer algunos, y que esta amalgama de saberes no solo ayuda a la venta sino a la protección del cuerpo y de sus sitios de trabajo.

Teniendo en cuenta lo anterior, es necesario comprender el carácter primordial del rito para los comerciantes de este recinto, quienes se vinculan emocional y anímicamente con la efectividad de sus creencias, puesto que se ven afectados en una conmoción interna que los ubica en un plano de dependencia que se evidencia en la continuidad de los ritos de una determinada forma y determinados días; así mismo el anhelo por la consecución de su objetivo como dice el conocido adagio “ *La fé mueve montañas* “, en este caso, mueve a los clientes hacia el comprador, quienes son afectados positiva o negativamente según sea hecho el rito; donde ellos se vinculan de manera afectiva; como un hijo a su padre, en el marco de sus peticiones que a su vez ofrece algo para obtener el beneficio deseado, y en caso contrario asumen una reacción de castigo hacia el santo patrono, que no verá la realización y el acompañamiento con velas, amuletos, riesgos, plantas, etc.

Un ejemplo claro de esto, es la fé que se deposita en San Sebastián quien es velado diariamente para mejorar y proteger el puesto de trabajo y que en caso de no efectuarse positivamente este hecho, es castigado puesto de espaldas en su altar y se le quita su vela.

Igualmente se puede decir que los comerciantes, atribuyen vida a las imágenes, plantas y amuletos ya que son tratados como seres integrantes de su familia, en donde por ejemplo las plantas, como la ruda en el símil de las hojas como manos limpian el cuerpo y el sitio de trabajo para que mejoren las ventas.

La ejecución de estos ritos va cambiando con el paso del tiempo y con la interculturalidad que se presenta en esta plaza. Los comerciantes están expuestos a la influencia de nuevas creencias que son acogidas e incorporadas al antiguo rito, para así fortalecerlo.

De ésta manera podemos observar como el sincretismo toma auge en los comerciantes, quienes originan así, una amalgama de saberes y creencias en una sola, a fin de que su petición cobre mayor fuerza y se realice rápidamente.

Bajo el pensamiento católico, muchas de las creencias en éste caso en torno a la compra y venta se niegan, por considerarlas que van en contra de la iglesia católica como el uso de plantas, piedras, riegos, etc., hecho por el cual se dan a conocer de forma discreta anteponiendo que son católicos y que tienen una que otra ayuda como las mencionadas anteriormente.

También es necesario tener en cuenta el sincretismo que se presenta al relacionar el saber tradicional y la iglesia católica en pro de la venta, develando

éste conocimiento, los dos son tomados como sagrados, puesto que a muchos de éstos objetos son atribuidos cualidades divinas que ayudan de igual modo a la obtención de la petición.

El secreto es otro factor de importancia dentro de los ritos y creencias ya que se busca un beneficio propio que no es conveniente que sea conocido por toda la comunidad puesto que se da una competencia en el trabajo, pero que de igual manera es dado a conocer a ciertas personas que factiblemente no representan una rivalidad.

- Para mejorar las ventas en el mercado el Potrerillo se tiene en cuenta imágenes sacrales, plantas y amuletos que ayudan a sus propósitos. Las imágenes ejercen un poder singular que representa lo divino como intermediario para obtener el objetivo deseado. Por ejemplo, para el católico, una imagen es como una fotografía que recuerda a la persona ausente (representando a un ser omnipresente). Además la imagen acerca y hace sentir a ese ser superior (DIOS) y a sus discípulos (SANTOS). Mientras las plantas son ayudantes de ellos, para facilitar o agilizar la petición”*El tabú, desatranca el camino, el, es un enviado ayudado por Dios para pasar rápido la mala suerte*”⁷.

⁷ Testimonio de Orfelina Muñoz, edad aproximada 65 años. Natural de Buesaco.

Dentro del mercado se reconoce el poder curativo de las plantas y a su vez, aseguran que también ayudan a otras cosas como el amor, la envidia, la suerte, etc. Pero no se menciona o hace alusión al elemental de la planta, sino a la gracia que Dios pone en ellas.

Por otra parte el uso de amuletos radica principalmente en la superstición y fetichización, que lleva a un individuo a crear confianza en un objeto determinado, que se cimienta dentro de la compra y venta en los comerciantes del Potrerillo en el miedo al fracaso, la envidia y la mala suerte; por lo que el uso de piedras como el cuarzo y ojo de tigre, son muy conocidos en este recinto, al igual que el uso de herraduras, patas de conejo, pirámides, etc., tienen gran acogida para conjurar el mal.

BIBLIOGRAFÍA

MAUS, Marcel. Lo Sagrado y lo Profano. Barral Editores. Primera edición. Barcelona 1970.

ÁVILA Penágos, Rafael. La Cultura. Modos de Comprensión e Investigación. Ediciones Antropos. Primera edición. Bogotá 2001.

GEERTZ, Clifford. La Interpretación de las Culturas. Gedisa editorial. Décima edición. Barcelona 2000.

VANSINA, Jan. La Tradición Oral. Nueva Colección Labor. Primera edición, 1967.

DORFLES, Gillo. Nuevos Ritos, Nuevos Mitos. Editorial Lamer. Primera edición. Barcelona, 1969.

[Http://Sepiensa.Org.Mx/Contenidos/F_Alfabeto³.Htm](http://Sepiensa.Org.Mx/Contenidos/F_Alfabeto³.Htm)

BIBLIA, Dios Habla Hoy. México, 1979.

HELLER, A. Historia y Vida cotidiana. Segunda edición. Grijalbo Barcelona, 1972.

BOUTAUD, JJ y LARDELLIER, P. Para una Semiantropología de manera en la mesa "En MEI N^o 15: Antropología el comunicación. Paris. L'Hartmattan. 2001. Información hallada en Internet dentro del artículo RITO, ESPACIO Y PODER EN LA VIDA COTIDIANA. http://sepiensa.org.mx/contenidos/f_alfabeto³.htm

BOLIVAR, Ingrid. Cuadernos de Nación, Belleza, Fútbol y Religiosidad Popular. Ministerio de la Cultura. Primera edición. Bogotá. 2001.

LIZOT, Jacques. El Círculo de los Fuegos. Editions du Sevil, Venezuela 1976. 248p.

ARTURO, Aurelio. Morada al Sur. Editorial Norma, Santa fe de Bogotá, 1990. 39p.

ALVAREZ, Jaime. ¿Qué es qué en Pasto? Tipografía y Fotografía Javier. Segunda edición. Pasto, 1985.

